2719

El Cristo Moderno.

4

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elcristomodernod1924fola

EL CRISTO MODERNO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Al inspirado y genial actor

D. Miguel Muñoz

¿Quiere V. dos flores, amigo Muñoz? Allá van... Una es la admiración que V. me inspira como artista creador de Octavio; otra el cariño que le profeso por sus bellas prendas personales.

El Autor

EL CRISTO MODERNO

DRAMA MORAL Y FILOSÓFICO EN CINCO ACTOS

DIVIDIDOS EN ONCE CUADROS

POR

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de la Princesa el 7 de Diciembre de 1904

COMEDIAS J. GONZALEZ JACOMETREZO 85 MADRID COMPRA Y VENTA

LIBRERIA DE LA Vda de R. Mariana y Mompié Lonja, 2-VALENCIA CASA FUNDADA EN 1830

VALENCIA
Librería de la Vda. de Ramón Ortega
Bajada de San Francisco, 11

1904

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AURELIA.	Enriqueta Val.
PAULOWA (mujer profana). . .	Enriqueta Palma.
OCTAVIO IVANOFF.	Miguel Muñoz.
ALEJANDRO ALEIXEFF (estudiante).	José Hompanera.
PETRONIO IVANOFF (General Gobernador de Moscou). . .	Enrique Araixa.
KELLERMAN (Obispo de la iglesia ortodoxa de Rusia). . .	José G. Leonardo.
CORONEL DE GRANADEROS. .	José M.ª Gil.
STOESSEL (Jefe de policía). . .	Antonio Virosque.
MIGUEL COLISSOFF (compañero traidor).	Eduardo Giménez.
CIUDADANO 1.º (conspirador).	Marcelino Mijares.
CIUDADANO 2.º (conspirador).	Juan Redondo.
ALCAIDE DE LA CÁRCEL DE MOSCOU.	Pedro Barinaga.
GUARDIÁN CALABOCERO. . .	Enrique Giménez.
OFICIAL DE GUARDIA EN EL PALACIO DEL GENERAL GOBERNADOR.	Vicente Alandí.
OFICIAL DE GUARDIA EN LA CÁRCEL DE MOSCOU. . . .	Jesús Quesada.
UJIER.	Antonio Rodríguez.
INDIVIDUO DE POLICÍA. . . .	Jorge Rubio.

Generales, jefes y oficiales del ejército ruso, cosacos é individuos de policía, mineros y obreros

La acción en Moscou, en nuestros días

Imprenta de Antonio López y C.ª, Lauria, 28.—Valencia

ACTO PRIMERO

La escena un pequeño gabinete reservado en el palacio del General ruso Ivanoff. Salidas al foro y laterales. Mesa de escribir. Estantes con libros.

CUADRO PRIMERO

El espíritu de Tolstoy

ESCENA PRIMERA

Supónese que en el palacio del General tiene lugar un baile. Dentro óyese orquesta y por el foro pasan algunas elegantes parejas. Al levantarse el telón aparecen OCTAVIO IVANOFF y su madre AURELIA.

OCTAVIO. No insistas madre...

AURELIA. ¿Pero te sientes mal?

OCTAVIO. Tú lo has dicho.

AURELIA. ¡Ah, Octavio! ¡Octavio!

OCTAVIO. (Que se había sentado en un sillón se levanta al ver llorar á su madre.) No llores... Lo que ha de ser será.

AURELIA. ¿No temes las iras de tu padre?

OCTAVIO. Más que á las tuyas... Tú eres tiernísimo lirio. Tu amor es dulce bálsamo que se vierte por todos los rincones de mi alma. Pero mi padre, ¡oh, mi padre!

AURELIA. La alarma que siento es cada vez mayor, viendo la tirantez de vuestras relaciones.

OCTAVIO. Somos dos polos opuestos. ¿Sabes cómo le llama el pueblo que gime bajo su férula?

AURELIA. Quisiera no saberlo.

612191

OCTAVIO. No le llama su Gobernador. Le llama su tirano, su déspota, su verdugo...

AURELIA. Pero es tu padre...

OCTAVIO. ¿Y tiene queja de mí? ¿No ves con qué humildad y mansedumbre recibo sus violentos apóstrofes?

AURELIA. He ahí precisamente lo que más le irrita... Dice que esa conducta es indigna de un Ivanoff y de la energía de tu raza.

OCTAVIO. Entre él y yo media un abismo. No podremos jamás entendernos. Sólo me aflige una cosa.

AURELIA. ¿Cuál?

OCTAVIO. Tenerle por padre...

AURELIA. Calla, Octavio. Me haces mucho daño.

OCTAVIO. Sí, debo callar para no acusarle en tu presencia como merece... Vete al salón. El baile está en su apogeo. Distrae tu pena en aquel torbellino de máscaras...

AURELIA. ¿Pero, y tú?

OCTAVIO. Yo me quedo. Escúsame con cualquier pretexto si alguno de esos personajes se acuerda de Octavio.

AURELIA. ¿Y por qué no vienes? Para entregarte á tu sempiterna lectura. Para dar toda la savia de tu cerebro á ese Tolstoy, cuyos libros te han seducido.

OCTAVIO. Dí más bien que me han salvado, haciéndome conocer la Verdad.

AURELIA. ¿Y qué le digo á tu padre?

OCTAVIO. Que me he sentido indispuesto. Esta es una mentira que puede tolerarse.

AURELIA. No dará crédito á mis palabras. Se pondrá furioso.

OCTAVIO. Tú eres la única que sabe calmarle.

AURELIA. Mi influencia se va estrellando en aquel carácter indómito. Temo una escena violenta.

OCTAVIO. ¡Siempre así! Siempre con la espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza.

AURELIA. No te afligas. Procuraré calmarle...

OCTAVIO. ¡Perdóname!...

AURELIA. Te perdono. Buenas noches.

OCTAVIO. Buenas noches. (Vase Aurelia por el foro.)

ESCENA II

OCTAVIO

¡Gocen los grandes! ¡Diviértanse los poderosos! mientras que el pueblo yace en la esclavitud. Interin allá en los salones gira aquel torbellino de placer y de luz, yo daré un nuevo avance á mi obra cristiana. (Se sienta junto á la mesa y se prepara como para escribir.) ¡Ideas del bien! Afluid á mi mente. (Lee y va corrigiendo con la pluma el escrito ya hecho.) Puesto que no nos es posible conocer el verdadero sentido de la vida, lo mejor es conservarla para el amor y la justicia. Todo lo que atente al amor común debe desecharse como contrario á la justicia. Nadie tiene derecho al propio bienestar, si antes no está seguro del bienestar ajeno. En el caos social que reina, lo mejor que pueden hacer la ciencia y el arte, es coadyuvar al bien de todos para que el mal desaparezca de la esfera del mundo; mas para esto, es menester que la labor empiece con la perfección del individuo. Esta es la doctrina.

ESCENA III

DICHO y ALEJANDRO ALEIXEFF por el foro vestido con un traje de dominó negro y antifaz.

ALEJAND. (Desde el foro con cierto temor.) ¡Octavio!
OCTAVIO. ¿Quién me interrumpe?
ALEJAND. Soy yo. (Quitándose el antifaz.)
OCTAVIO. ¿Tú, Alejandro?
ALEJAND. El mismo.
OCTAVIO. Todavía no doy crédito á lo que ven mis ojos.
ALEJAND. Yo soy, no lo dudes.

OCTAVIO. Tú el estudiante... el cómico... el revolucionario...

ALEJAND. Hace tiempo que no hago comedias, mi querido Octavio.

OCTAVIO. ¿Pero no temes que...?

ALEJAND. ¿Que me descubran y que tu padre me haga descuartizar en uno de esos rasgos de piedad que tanto le caracterizan?

OCTAVIO. Has adivinado mi pensamiento. Tiembio por tí.

ALEJAND. Nada temas. Hay muchas máscaras en el salón. Te he visto salir con tu madre y he comprendido la causa. Te aburre aquella grandeza, mejor dicho, aquella injusticia Dame esa mano, Octavio.

OCTAVIO. Aprietas mucho.

ALEJAND. Es porque quiero en ella esculpir el afecto que me inspiras.

OCTAVIO. Entonces tritúrala si quieres. ¿A qué has venido?

ALEJAND. En servicio tuyo.

OCTAVIO. ¿Cómo? Explícate.

ALEJAND. Antes dime: ¿Corremos aquí peligro de ser oídos?...

OCTAVIO. No. Se hallan muy distraídos en el baile. Habla.

ALEJAND. Y si vinieran. ¿No podría escabullirme por algún lugar secreto?

OCTAVIO. Sí.

ALEJAND. Entonces ya respiro. Ahora me ha dado por amar mucho la vida.

OCTAVIO. ¿Si es para utilizarla en alguna acción generosa?...

ALEJAND. ¡Rusia sufre!

OCTAVIO. Es verdad.

ALEJAND. La revolución se impone.

OCTAVIO. ¿Todavía más sangre?

ALEJAND. Escucha. ¿Tú crees que sólo escribiendo obras humanas se pone remedio á los males del pueblo oprimido? Te equivocas. Mientras no desaparezca la pasión no podrá desaparecer la violencia. ¿Y qué es la vida más que un conjunto de pasiones? ¡Viva la libertad, Octavio! ¡Viva la libertad!

OCTAVIO. No te entusiasmes; baja la voz.

ALEJAND. Es verdad, que puede oirme uno de los hombres más implacables de la tiranía... El verdugo...

OCTAVIO. ¡Alejandro!

ALEJAND. El miserable que emborracha á sus legiones de cosacos para que asalten las aldeas de indefensos campesinos, atropellando á sus mujeres y á sus hijas y haciendo correr la sangre hasta enrojecer las aguas de los ríos patricios...

OCTAVIO. ¡Es mi padre! (Cayendo desalentado en una silla.)

ALEJAND. No... No es tu padre. La Naturaleza es nuestra madre universal. Tu padre es un monstruo de la Naturaleza.

OCTAVIO. Calla por Dios. ¿A esto has venido?

ALEJAND. He venido para decirte: Octavio, se aproxima la hora del castigo. Tú eres un santo... Tú eres bueno. Abandona este palacio cercado por el pueblo... La ira popular cuando estalla, es como el rayo potente, que al desprenderse de la nube, no mira dónde cae.

OCTAVIO. ¡Poder de Dios! Siempre la idea del exterminio enroscada en el cerebro del hombre... Le matarán ¿y qué? Vendrá otro General con más violencia á llenar las mazmorras con otros seres inocentes... Se regocijarán de nuevo las horcas, haciendo bailar sus racimos de hombres. Girará la rueda, mas no saldrá de su eje... Entiéndelo bien; no saldrá de su eje.

ALEJAND. Se hará justicia.

OCTAVIO. Escucha, Alejandro... Hemos estudiado juntos en las aulas. Allí nuestras almas se hicieron una sola; pero nuestras ideas chocaron desde polos opuestos. Tú combates el mal á sangre y fuego. Yo creo que el mal se combate con el ejemplo que nos dió Jesús; no haciendo armas contra él... Transformando al hombre por medio de la persuasión y la humildad.

ALEJAND. Entonces ¿cómo Jesús sacó á los fariseos del templo á latigazos?

OCTAVIO. Porque no hay cosa que indigne tanto al más excelso espíritu, como el pernicioso ejemplo que dan los malos sacerdotes... Si ellos fuesen verdaderos cristianos; si se despojasen de sus riquezas; si predicasen con el ejemplo y se hicieren amar por el pueblo, los males que éste sufre acabarían por tener su límite en la dicha común... Mas no hay que pensar en esto; hijos son de la Tierra y manchados están de sus impurezas.

ALEJAND. La rama estéril se poda... Al insecto dañino se le extermina. Esa es la ley de conservación de la vida... Con tu doctrina no haces más que variar el sujeto que recibe el daño, sin extinguir el mal que se produce.

OCTAVIO. No te comprendo.

ALEJAND. Dejando al mal victorioso éste cae sobre los buenos. Nuestro plan es distinto. Ya que al mal se le juzga irremediable, que caiga, al menos, sobre los otros, sobre los malos.

OCTAVIO. Este es un accidente de la vida, pero no su ley. Hay que buscar el bien de todos. ¿Cuál es el camino más acertado? He aquí el gran problema.

ALEJAND. ¡Silencio!

OCTAVIO. Mi padre llega. Ven conmigo. (Vanse por la derecha.)

ESCENA IV

DICHOS y el General PETRONIO IVANOFF de gran uniforme y AURELIA por el foro. El General da muestras de una gran irritación.

IVANOFF. ¿Octavio?

AURELIA. No está. ¡Déjale!

IVANOFF. ¿Se habrá refugiado en la sala inmediata?...

AURELIA. Por Dios, Petronio, modera tus ímpetus.

IVANOFF. Por esta vez no han de valerle las ternuras de una madre demasiado débil. Aquí

estuvo escribiendo... ¿Qué ha escrito? (Leyendo.) «Puesto que no nos es posible conocer el verdadero sentido de la vida, lo mejor es conservarla para el amor y la justicia.» ¿Lo ves? Doctrinas revolucionarias... Bien dice el señor Kellerman que germina en mi propio palacio la funesta semilla. ¡Ira de Dios! ¿Y estos libros? ¿Otra vez Tolstoy? Aquí tienes el veneno que emponzoña el alma de ese mozo. Deberé hacer un escarmiento. (Examinando los libros que contiene una de las estanterías y arrojándolos furiosamente al suelo, á medida que va leyendo sus títulos.) *¡Resurrección! ¡La verdadera vida!*

AURELIA. ¿Qué dices, Petronio?

IVANOFF. ¡Tolstoy! ¡Siempre Tolstoy!

AURELIA. No tocarás ni á uno solo de los cabellos de nuestro hijo...

IVANOFF. Inútil será que trates de defenderle... Estoy harto de que me llamen Petronio el Cruel... Me llamarán también el Justo. Le impondré un castigo.

AURELIA. No; tú no harás eso. Es sangre de tu sangre...

IVANOFF. Se ha desnaturalizado.

AURELIA. Repito que no tocarás ni á uno solo de sus cabellos.

IVANOFF. No tardarás en verlo.

AURELIA. Mira, Petronio... Bueno es que emborraches á tus cosacos y los lances contra indefensos campesinos. Bueno es que en defensa de tu rey y señor degüelles á quien te plazca. Pero nuestro hijo Octavio es sagrado para tí.

IVANOFF. La ley debe ser igual para todos. Cada uno de estos escritos arroja más combustible á la hoguera que una proclama revolucionaria.

AURELIA. Bueno, sea como fuere... Yo soy su madre.

IVANOFF. ¡Tú eres su madre! ¡Tú eres su madre! Siempre con la misma frase.

AURELIA. Como que se me va del corazón á los labios.

IVANOFF. Amor ciego que acabaría por ponerme en ridículo á los ojos del Czar, si yo no tuviese bastante energía para impedirlo.

AURELIA. Te pido una tregua.

IVANOFF. ¿Aún no te has convencido de que ese mozo es incorregible?

AURELIA. Acaso esta noche deje de serlo.

IVANOFF. ¿Cuál es tu propósito? Sepámoslo si quieres que se modere algún tanto mi justa cólera.

AURELIA. Paulowa está en el baile...

IVANOFF. ¿Cómo? ¿Quién la ha invitado?

AURELIA. Yo... Paulowa es la mujer más hermosa de Moscou.

IVANOFF. Y también... Prosigue.

AURELIA. Hace algunos años se vió acosada inútilmente por Octavio. ¿No crees posible que renazca la llama de aquella pasión?

IVANOFF. ¿Tú pretendes que...?

AURELIA. Sí. Que le seduzca... Que caiga en sus brazos... Y que el amor le haga volver á la realidad... ¿No te parece bueno mi propósito?

IVANOFF. Acaso sea el único.

ESCENA V

DICHOS Y OCTAVIO por la derecha.

OCTAVIO. ¡Padre! (Pausa.)

IVANOFF. ¿Cómo te atreves á presentarte ante mis ojos?

OCTAVIO. Mi espíritu está tranquilo: de nada me acusa.

IVANOFF. ¿Y estos libros? ¿Y este escrito?

OCTAVIO. Los libros son de mi maestro... El escrito es mío.

IVANOFF. ¿Quién soy yo?

OCTAVIO. Tú eres mi padre. Y esa buena mujer, imagen del dolor, esa es mi madre.

IVANOFF. ¿Quién es aquí el Gobernador?

OCTAVIO. Tú.

IVANOFF. ¿Sabes cuál es tu pena?

OCTAVIO. Se funda en la crueldad de tus actos.

IVANOFF. ¿Qué osas decir?

AURELIA. ¡Octavio!

OCTAVIO. La verdad, señor...

IVANOFF. ¿Qué dice á esto la madre? Mira el fruto que dan tus contemplaciones... La rebeldía.

OCTAVIO. Ahórcame si te place.

IVANOFF. Ya lo hice con otros mejores que tú.

AURELIA. (Aparte á Ivanoff.) Petronio, no olvides que es tu hijo.

IVANOFF. Aparta, Aurelia. Cada vez se hace más necesario el castigo. (Pausa.) Desde mañana habitarás en el gabinete más retirado de palacio. ¿Quieres soledad? La tendrás... Tan completa, que no te han de acompañar ni los libros que envenenan tu entendimiento. Despídete para siempre de Tolstoy.

OCTAVIO. ¡Cuán engañado vives, padre! La buena doctrina la llevo ya esculpida en el alma... Encíérrame en la mazmorra más obscura. Yo me hallaré siempre rodeado de luz.

IVANOFF. ¡Hermoso lenguaje! Así has ofendido al señor Kellerman, con esas teorías antisociales.

OCTAVIO. Confieso que ese señor Obispo no me inspira el menor afecto; mas no te aflijas porque él me detesta profundamente. De modo que estamos en paz.

IVANOFF. Él es un santo varón. ¿Y qué eres tú? Un revolucionario...

OCTAVIO. Yo no soy revolucionario en el sentido que tú le das á la palabra.

IVANOFF. ¿Luego les aborreces como yo? ¿Como toda persona de orden? Salga esa confesión de tus labios y te perdono, volviéndote á mi gracia.

AURELIA. ¡Qué hermosa ocasión, hijo mío! Satisface los deseos de tu padre.

OCTAVIO. No puedo complacerte... Por tí lo siento, madre mía.

IVANOFF. ¿Qué sentido entonces hemos de dar á tus palabras? ¿No acabas de decir que no eres

revolucionario? ¿O gira tu pensamiento como veleta de torre?

OCTAVIO. Y lo repito.

IVANOFF. ¿Qué eres tú?

OCTAVIO. El espíritu del porvenir, no sólo del pueblo ruso, pero también de la Humanidad. Yo soy más que la revolución de un pueblo; soy la revolución de todos, la más grande que se conoce. Soy la antorcha que guía al hombre, apartándole de los campos de batalla, haciendo que no crea en fronteras, en iglesias fanáticas, ni ritos supersticiosos. Soy quien le aparta de todo prejuicio de raza, de color y de pueblo, predicando el amor de todos y el odio de ninguno. Y como condeno la violencia, te condeno á tí el primero.

IVANOFF. ¿Qué osas decir?

OCTAVIO. Perdóname si te ofenden mis palabras, mas yo debo decir la verdad.

IVANOFF. ¿Y te atreves á increparme?

OCTAVIO. Sí: te increpo por tu conducta inhumana.

IVANOFF. (Sin poderse contener dándole un fuerte bofetón.) ¡Toma deslenguado!

AURELIA. (Abrazándose á su hijo.) ¡Octavio! ¿Qué has hecho, Petronio?

OCTAVIO. (Procurando desasirse de los brazos de su madre, con mucha dulzura.) Nada temas... No lucharé contra mi padre.

IVANOFF. Te haré abofetear por mis lacayos, hasta que asome el carmín á tu cara.

OCTAVIO. No conseguirías tu objeto... Saltaría á mi rostro la llamarada de la sangre; pero no el relámpago de la ira. No te canses, padre. Tu misión es de guerra. La mía es de paz. Tú naciste en mal hora para el esterminio. Yo nací para el amor de la humanidad. Tú destruyes... Yo edifico.

AURELIA. Vamos, Ivanoff; vámonos de aquí.

IVANOFF. ¡Espera...! ¿Y eres tú el descendiente de los héroes más famosos de Rusia? ¿Y circula por tus venas la sangre de los Ivanoff.

OCTAVIO. Mi espíritu se ilumina con la luz de la verdad. Los tiempos han cambiado, padre.

Los pueblos se despiertan unos á otros. La verdad está en marcha. Es inútil que pretendas ahogar con ríos de sangre el grito de libertad que pugna por salir de millares de gargantas oprimidas... Ese grito resonará en breve por todos los horizontes y todos los ámbitos... ¡Ay de tí, padre... Ay de tí! Si te opones al avance del progreso humano, caerás aplastado como débil grano de arena que rueda por los suelos al soplo del huracán. Ahora, mátame si te place.

IVANOFF. ¡Miserable!

AURELIA. (Interponiéndose entre ambos.) ¡No, monstruo...! No le matarás. ¡Estoy yo aquí para impedirlo! (Ivanoff lanza un rugido.) Desáhogate rugiendo, como el león del desierto.

IVANOFF. Tú le has salvado la vida. (Vase por el foro, siguiéndole Aurelia.)

ESCENA VI

OCTAVIO

¡No siento el escozor de la mejilla! ¡Mi daño está más hondo!

ESCENA VII

DICHO y ALEJANDRO por la derecha.

ALEJAND. Ese es todo un Gobernador.

OCTAVIO. ¡Todavía aquí! ¿No encontraste la salida?

ALEJAND. Sí; pero el afán de la curiosidad se apoderó del instinto de conservación.

OCTAVIO. ¿Luego habrás oído?

ALEJAND. Todo.

OCTAVIO. ¡Estoy afrentado!

ALEJAND. Pero estuviste enérgico. Yo creí que la piedad estaba reñida con la energía.

OCTAVIO. Energía y piedad... Todo es fuerza del espíritu. A veces, para ser piadoso, se necesita más energía que para ser valiente.

ALEJAND. Yo no hubiera resistido tan tremendo bofetón.

OCTAVIO. ¿Ni aún de tu padre?

ALEJAND. De un padre como ese, no.

OCTAVIO. Yo hubiera caído sin protesta bajo el filo de su espada.

ALEJAND. Te equivocas. Cuando trató de arrojarse de nuevo sobre tí, yo le apunté con el cañón de mi revólver.

OCTAVIO. ¿Qué hiciste?

ALEJAND. Velar por tu vida detrás de esos cortinones, y si no se interpone tu madre...

OCTAVIO. Gracias. Mas yo te hubiera excerado.

ALEJAND. Pero Rusia me hubiera bendecido... Y el pueblo de Rusia es más grande que tú. (Pausa.) ¿Qué contestas á eso?

OCTAVIO. Por el momento no sé qué decirte.

ALEJAND. Ese silencio es mi apología. Estoy satisfecho.

OCTAVIO. ¡Pobre pueblo ruso!

ALEJAND. Y bien, ¿qué piensas hacer?

OCTAVIO. Llegar hasta el sacrificio.

ALEJAND. El sacrificio estéril no debe entrar en el plan de ninguna doctrina.

OCTAVIO. ¿Acaso fué estéril la sangre derramada en el Gólgota?

ALEJAND. Tú no eres Jesús.

OCTAVIO. Pero sigo sus huellas.

ALEJAND. No divaguemos, Octavio. Aquel suplicio ha llenado la historia de todo el mundo, pero el tuyo no saldrá de las cuatro paredes de un calabozo. Dime si quieres ser útil á la Humanidad.

OCTAVIO. ¿Eso me preguntas?

ALEJAND. Entonces abandona este palacio, mansión de la tiranía. ¡Que cada cual siga su destino! Tú puedes con tus escritos difundir la buena nueva por todos los cerebros.

OCTAVIO. ¿Y cómo?

ALEJAND. Por medio de la prensa clandestina. Nosotros tenemos varias. Seremos compañeros

de lucha. Tú agitando la idea, y yo preparando la revolución, hasta caer en un común suplicio, si es necesario.

OCTAVIO. Confieso que tu elocuencia me seduce, pero aún tiene que asaltar la última trinchera... Mi corazón se desgarra pensando en el dolor que voy á causar á mi madre.

ALEJAND. Mayor dolor será el suyo si te ve perecer en triste cautiverio... La cárcel de oro no hace menos obscura y triste la falta de libertad del prisionero.

OCTAVIO. Tienes razón... Debo abandonar la casa de mis padres, no para huir del sacrificio, sino para hacerlo menos infructuoso.

ALEJAND. Mañana á las diez te espero á espaldas de la Universidad, donde un día reñimos á brazo partido, siendo estudiantes. ¿Te acuerdas?

OCTAVIO. Lo recuerdo... Hasta mañana.

ALEJAND. ¡Adiós!

OCTAVIO. ¿No te vas por la puerta que te indiqué?

ALEJAND. No... voy á confundirme de nuevo entre las máscaras. Necesito tomar notas de lo que se gasta en lo supérfluo. (Vase por el foro.)

ESCENA VIII

OCTAVIO

Sólo he quedado con mis pensamientos... ¡Ah! Cuánto valor se necesita para ser bueno... Aun al sentir el golpe de la bofetada se extremecieron mis nervios... Aun el rayo de la ira, quiso salir del organismo material para aplastar al autor de la afrenta... Pero vencí... vencí en la terrible lucha... Creo que este acceso de coraje será el último... Toda la fuerza de mi sér la necesito para el sufrimiento... Pero Alejandro tiene razón... El sacrificio ignorado, estéril, es sencillamente ridículo... Mi deber está, no en evitarlo ya que parece

preciso, sino en procurar que resulte provechoso... ¡Jesús mío! Dame valor... No sé si podré imitarte... Esto es mucho para la flaca naturaleza del hombre. (Sepulta la cabeza entre las manos.)

ESCENA IX

DICHO y PAULOWA con antifaz, vistiendo un rico traje de Sultana, por el foro.

PAULOWA. (Acercándose sigilosamente, hasta situarse muy cerca de Octavio.) ¿Octavio?

OCTAVIO. ¿Quién pronuncia mi nombre? ¡Ah! ¡Una máscara!

PAULOWA. ¡Una máscara, sí!

OCTAVIO. No es este tu lugar.

PAULOWA. ¡Mírame!

OCTAVIO. ¿La del rico traje de Sultana? Bueno; vuélvete al salón...

PAULOWA. Qué sequedad la tuya... ¿Ni siquiera te inspiro el interés de conocerme?...

OCTAVIO. Supongamos que seas muy bella... Me es indiferente.

PAULOWA. No es la belleza la incógnita que me trae.

OCTAVIO. ¿Cuál otra puede justificar tu presencia en mi gabinete?

PAULOWA. La fuerza del cariño.

OCTAVIO. ¿Acaso vienes á decirme que te has enamorado de mí?...

PAULOWA. Me agrada que ahorres palabras inútiles.

OCTAVIO. ¿Quién eres? Quítate la máscara.

PAULOWA. Te obedezco. (Se descubre.)

OCTAVIO. ¡Paulowa!

PAULOWA. La misma.

OCTAVIO. Un día te amé con delirio.

PAULOWA. Yo no correspondí entonces á tu pasión.

OCTAVIO. Ya sé que tu espléndida hermosura se cotiza, ahora, entre los más poderosos magnates... Te compadezco.

PAULOWA. No me compadezcas. ¡Amame!

OCTAVIO. ¿Qué te ame?

PAULOWA. Sí, por cierto. ¿Serías tú el único hombre que se resistiera á mis encantos?

OCTAVIO. Apártate, Paulowa... No te acerques. Déjame meditar...

PAULOWA. Medita cuanto quieras. (Luego dice aparte.) Creo que la conquista es mucho más fácil de lo que habíamos supuesto. ¿No has concluído todavía?

OCTAVIO. Sí; y te ruego contestes á mi pregunta. ¿Por cuánto has alquilado esta vez tu belleza?

PAULOWA. ¿Cómo? ¿Qué dices?

OCTAVIO. Me interesa saber á qué precio has venido para seducirme.

PAULOWA. ¡Me ofendes, Octavio!

OCTAVIO. No tomes esa actitud... No te cuadra el papel de Reina ofendida.

PAULOWA. Puesto que lo has adivinado, lo confieso. ¡Dos mil rublos!

OCTAVIO. Con ese dinero empleado en obras útiles y generosas... Cuánto bien pudiera haberse hecho... Tú lo gastarás, tal vez, en una sola noche, mientras otros en su espantosa miseria, se verán privados, hasta del pedazo de pan que le piden sus hijos.

PAULOWA. ¿Cómo? ¿Hay quién vive en tan angustiosa situación?

OCTAVIO. ¿Lo ignorabas, Paulowa?

PAULOWA. Yo no sé nada de miserias sociales. El lujo me acompaña á todas partes... Soy la reina del placer. ¿Qué nos importa todo eso? ¡Bella es la vida, Octavio!... ¿No me consideras suficientemente hermosa?

OCTAVIO. Sí... Pero no te acerques tanto. Me gustas mucho más... á honesta distancia.

PAULOWA. ¿Me rechazas?... Yo también tengo mi dignidad. Adiós.

OCTAVIO. No te vayas... Quédate...

PAULOWA. ¡Ah por fin!... (Acercándose.)

OCTAVIO. No, Paulowa... (Rechazándola dulcemente.)

PAULOWA. Entonces no te comprendo... Mas te advierto, Octavio, que no soy mujer que resista tantas humillaciones... Le devolveré á tu madre los dos mil rublos, y asunto concluído.

OCTAVIO. ¡Ah! ¿Con qué ha sido mi madre la que...

PAULOWA. ¡Necia de mí! Ya lo dije.

OCTAVIO. ¡Pobre madre mía!

PAULOWA. ¿Por qué has dicho, quédate?

OCTAVIO. Porque me va interesando mucho esta escena.

PAULOWA. ¡Bueno fuera que acabaras por enamorarte verdaderamente de mí!... Ja... ja... ja.

OCTAVIO. Paulowa. Tú no eres mala del todo.

PAULOWA. Del todo, no.

OCTAVIO. Tú, sólo ves las cosas del mundo por el lado del lujo y del amor. Ese es tu mayor defecto; pero tu corazón no está completamente corrompido.

PAULOWA. Es que yo no tengo corazón.

OCTAVIO. Vamos por partes. ¿Cuándo has recibido ese dinero?

PAULOWA. Hace un momento... Fué condición estipulada de antemano.

OCTAVIO. ¿Luego, se halla en tu poder?

PAULOWA. Naturalmente.

OCTAVIO. Acércate algo más.

PAULOWA. Debiera resistirme ahora; pero en fin, te obedezco.

OCTAVIO. No tanto... aquí á mi lado. (Se sientan.)

PAULOWA. ¡Vaya un paso de comedia! ¿Qué querrá este hombre de mí?

OCTAVIO. Necesito esos dos mil rublos... Dámelos.

PAULOWA. ¡Cómo!

OCTAVIO. Como lo oyes.

PAULOWA. Que yo te entregue el precio de...

OCTAVIO. Cabal; el precio de la conquista.

PAULOWA. Pero, aquí, ¿quién seduce á quién?

OCTAVIO. Yo soy ahora quien va á seducirte... de manera que ese dinero me pertenece.

PAULOWA. ¡Original! ¡Estupendo! ¡Gracioso! Ja... ja... ja...

OCTAVIO. Ríete cuanto quieras; pero entrégame esa suma.

PAULOWA. Voy á ponerme seria. ¿Sabes lo que me pides?

OCTAVIO. Un dinero que no es tuyo, porque no lo has ganado.

PAULOWA. No es mía la culpa.

OCTAVIO. Préstame atención, Paulowa. Aquí en Moscou hay muchos desgraciados á quienes socorrer.

PAULOWA. ¡Ah! Ya salió el filántropo; el joven sensible de corazón... Dícese por ahí que eres un santo.

OCTAVIO. Y tú eres buena en el fondo. En tu alma hay una perla que no se ha manchado todavía en el barro del vicio. No creas que tu esclavitud, porque tú eres esclava del capricho de los ricos, me separa de tus halagos y caricias, no. Ya sé que hay en Moscou muchas mujeres que se llaman honradas, que valen infinitamente menos que tú... No ignoro que tienes rasgos de piedad y que te debe la vida, más de un infeliz polaco, haciendo valer las altas influencias que ejerces en la corte. Se extiende lo malo, pero también se conoce lo bueno.

PAULOWA. No es menester tan largo discurso. Te daré la mitad de la suma. No seré más pobre por mil rublos menos. Toma. (Le entrega la suma que sacará de una rica cartera.)

OCTAVIO. Esto ya es algo. He aquí un rasgo de piedad que se desprende de un alma extraviada... (Pausa.) ¿Por qué no te haces buena del todo, mi querida Paulowa?

PAULOWA. ¿Qué por qué no me hago buena del todo?

OCTAVIO. Sí... De lo que ayer gozaste, ¿qué te resta hoy?

PAULOWA. Nada.

OCTAVIO. Y del día de hoy, ¿qué recogerás mañana?

PAULOWA. Nada.

OCTAVIO. Ayer, hoy, mañana, siempre la misma cuenta. Salvo muy raras excepciones, tu vida no habrá sido útil para nadie. Ni aún para tí misma... El dinero que derrochas en ese giro infructuoso de la vida, falta en muchos hogares... Lo que otros ganan, tú lo gastas en frívolos caprichos. Esos gruesos brillantes, gala de tu persona, son gotas de sudor vertido en campos y talleres. Esos rojos granates son gotas de sangre humana petrificada... Llevas en tu cuerpo á estilo de escaparate, todo el muestrario de la injusticia social. Y en esa vida estéril habrán

girado tus acciones como torbellino de hojas secas... Tus pasiones no habrán dado ningún jugo, y por el contrario habrán absorbido el jugo vital de otros seres más dignos que tú. ¿Y todo para qué? Para que al rodar del acaso, venga toda tu hermosura á convertirse en flor de Hospital... ¡Pobre Paulowa!...

PAULOWA. (Bruscamente.) Toma los otros mil rublos.

OCTAVIO. Ya veo que mi acento te ha llegado al corazón.

PAULOWA. ¿Puedo ya irme?

OCTAVIO. Yo también voy á salir de esta casa para siempre.

PAULOWA. ¡Me dejas atónita!

OCTAVIO. Arrójanme de ella las crueldades de mi padre. Lo exigen mis ideas verdaderamente humildes y cristianas. Mi vida es de la Humanidad. En aquellos salones bulle el explendoroso artificio de la vida. Los grandes señores festejan la esclavitud del pueblo, que es su propia esclavitud. Yo quiero su libertad y voy á ser más dichoso esta noche, apareciendo en las obscuras viviendas donde se carece hasta de lo más necesario...

PAULOWA. ¿Y vas á quedarte sin dinero?

OCTAVIO. El dinero consagrado al vicio se convertirá en obra de misericordia. ¿Quieres acompañarme, Paulowa?

PAULOWA. ¡Qué yo te acompañe! ¿Tú aceptarías mi compañía?

OCTAVIO. ¿Y por qué no? Larga es la lista de los pobres y acaso no baste con los dos mil rublos, mas llevando tu tan ricas joyas...

PAULOWA. Abajo espera mi carruaje... Vamos. Seré esta noche tu Magdalena.

OCTAVIO. Unidos la piedad y el vicio para una obra de amor. ¡Adiós para siempre, alcázar dorado! ¡Adiós, madre mía! ¡Adiós, cárcel! ¡Viva la libertad, Paulowa! ¡Viva la libertad! (Antes de hacer mutis, cojidos del brazo, por el foro, cae el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salón principal en el palacio del Gobernador Petronio Ivanoff.

CUADRO SEGUNDO

La conversión de la Magdalena

ESCENA PRIMERA

IVANOFF

¿Pero es posible que Stoessel, el jefe de policía más perspicaz del Imperio, vea fracasadas todas sus tentativas?... ¿Habrá Octavio ganado la frontera? No. Esto no es verosímil. Sólo un duende, sin forma corpórea, hubiera podido escapar de la red que le he tendido, compuesta de tantos policías y soldados. Debo descartar esa solución, que resolvería de plano el conflicto... Mi hijo está en Moscou, ó cerca de Moscou, haciendo causa común con los revolucionarios en alguna de sus ocultas madrigueras... Como esto es lo peor, esto es lo más acertado. ¡Un descendiente de los Ivanoff, militando en el ejército de esos canallas enemigos acérrimos del Altar y del Trono! Esto es lo horrible; lo que me humilla, sublevando mi sangre.

ESCENA II

DICHO y jefe de la policía, STOESSEL, por el foro.

STOESSEL. ¡Mi General!

IVANOFF. Stoessel. Le esperaba con impaciencia... ¿Tampoco?

STOESSEL. Tampoco.

IVANOFF. ¿Con tan sagaz instinto, no ha olfateado ningún rastro?

STOESSEL. No, mi General, y esta es mi pesadumbre... He recorrido todos los tugurios de Moscou. Sus más ignorados escondrijos... viviendas habitadas por mendigos y vagabundos, que más que hombres parecen gusanos ó siluetas borrosas de hombres... He ofrecido valiosa prima al individuo afortunado que le encontrase, y todo inútil... Octavio ha desaparecido como una gota de agua que se hubiese evaporado en el vacío...

IVANOFF. (Secamente.) ¡Vaya un honor para la policía!

STOESSEL. Sentiría haber incurrido en su desagrado, mi General.

IVANOFF. Es muy extraño lo que ocurre en el territorio confiado á mi lealtad. Se conspira. Usted lo sabe. Ni deportaciones, ni muertes, ni tormentos acaban con la impunidad que parecen gozar esos miserables. Usted no puede encontrar sus madrigueras y ellos se introducen hasta en las cámaras más íntimas y secretas de los palacios donde habitan los representantes de mi autoridad, para amedrentarles con sus proclamas revolucionarias, ó sus sentencias de muerte. Es preciso que se deshaga el nudo de esas sombras, por su dignidad, por la mía.

STOESSEL. ¡Señor! (Pausa.)

IVANOFF. ¿Se halla usted satisfecho de los individuos á sus órdenes?

STOESSEL. Completamente. (Pausa.)

IVANOFF. Ahorque usted algunos, para que anden listos los demás.

STOESSEL. No creo por ahora necesaria esa medida.

IVANOFF. Pues tendrá que tomarla con urgencia, si no quiere verse comprendido en ella.

STOESSEL. Mi vida es de vuecencia, mi General.

IVANOFF. Muy bien; pero mi hijo Octavio, no parece. ¡Ira de Dios!... Hemos concluído. (Pausa.)

STOESSEL. Réstame hacerle una pregunta.

IVANOFF. ¿Cuál?

STOESSEL. ¿Es aplicable á su hijo la severidad de nuestra consigna?

IVANOFF. ¿Qué consigna?

STOESSEL. La de capturarle vivo ó muerto.

IVANOFF. ¡Diablo! No habíamos pensado en eso.

STOESSEL. Las circunstancias pudieran ser muy críticas, según el grado de sus relaciones con los partidarios de la revolución. Estos se defienden á la desesperada cuando se ven sorprendidos por la policía, y hay que matarlos. (Pausa.)

IVANOFF. Obre usted conforme á las circunstancias; pero creo inútil decirle que... no se trata de un caso vulgar... Convendría capturarle vivo.

STOESSEL. Comprendo, mi General.

ESCENA III

UJIER por el foro

UJIER. ¡Señor!

IVANOFF. ¿Qué hay?

UJIER. El señor Kellerman...

IVANOFF. ¿El Obispo? Que pase. (Vase el ujier por el foro.) Puede usted retirarse.

STOESSEL. Está bien. (Vase por el foro.)

ESCENA IV

IVANOFF

Llega en buen hora... Puede que la religión desvanezca estas obscuras tempestades de mi alma, escrúpulos de un sentimiento paternal tan nocivos para el cumplimiento estricto del deber.

ESCENA V

DICHO y KELLERMAN por el foro.

KELLERM. ¡Alabado sea Dios!

IVANOFF. ¡Por siempre sea alabado, señor Obispo! Tome asiento.

KELLERM. Ya sé que su hijo Octavio no parece.

IVANOFF. No, desgraciadamente.

KELLERM. Su persona se ha ocultado, mas no así su pensamiento.

IVANOFF. ¿Cómo? Sospecho que viene á darme alguna mala noticia.

KELLERM. Puesto que no hay otro remedio... Lea usted lo que dice esta hoja clandestina.

IVANOFF. Al pueblo ruso... ¿Quién firma?

KELLERM. Octavio.

IVANOFF. ¿Mi hijo?

KELLERM. No tiene duda... Siga leyendo.

IVANOFF. (Leyendo.) La verdadera vida no está en la autoridad, ni en las riquezas, sino en el amor al prójimo, siguiendo la máxima profundamente cristiana de que «nadie quiera para otro, lo que no quiera para sí.» El pueblo suspira con perfecto derecho por la libertad, mas no se hará digno de ella, si no aprende á ser bueno, justo y magnánimo. La autoridad, por el sólo hecho de serlo, ya es mala. Cada hombre del mundo cristiano y de nuestro tiempo, debe decirse

como aconseja Tolstoy: «Antes de ser emperador, ministro ó soldado, soy hombre,» es decir, un sér enviado para realizar el bien en la tierra por la voluntad del Sér Infinito. Si queréis ser libres, no tengáis apego á las riquezas ni á las satisfacciones bastardas de la vida, teniendo presente que no es buen cristiano aquel que sólo funda la salvación de su alma, en el bautizo, en la comunión y en los demás ejercicios del Dogma, desechando la verdadera regla de conducta que consiste en la práctica de las buenas obras. Huid de todas las Iglesias que se han hecho supersticiosas.

KELLERM. ¿Qué tal el discípulo de Tolstoy?

IVANOFF. Estoy avergonzado. No sólo se atreve con el Emperador, sino hasta con nuestra santa Iglesia.

KELLERM. Estas hojas hacen más daño que las bombas de dinamita. Bajo una falsa humildad se esconde el espíritu demoledor de la religión, la patria y la familia. Merece más castigo quien lanza á los cuatro vientos de la publicidad, esas ideas, que los terroristas que emplean todo género de medios de destrucción.

IVANOFF. Y bien. ¿Qué me aconseja? ¿Qué debo hacer con ese hijo desnaturalizado, si cae en mi poder?... Mi espíritu está rodeado de sombras. Por vez primera tengo miedo al cumplimiento del deber.

KELLERM. Ya me hago cargo de esa tempestad de su corazón.

IVANOFF. ¿No ofendería á Dios castigando á mi propio hijo con una pena algo dura?

KELLERM. Eso no, General; al contrario. Dios pide la destrucción de todos los malvados que tratan de socavar los cimientos de su Doctrina. Tal sacrificio, impuesto en su mayor gloria, ahogando los sentimientos paternales, sería un acto que le dejaría abiertas, de par en par, las puertas del Cielo... No sería usted solo. Ejemplos hay en la Historia, de ese doloroso sacrificio... Felipe II, rey de

España, por ejemplo...; mas no creo necesario en este caso semejante violencia.

IVANOFF. ¿Y cómo libertarle del castigo que merece? Figúrese usted que merced á esa propaganda, crece la ola de la revolución. Que ésta nos muestra su repugnante cabeza en las calles, y que yo la ahogo con sangre, como ha ocurrido en otras ocasiones. Supongamos que mi hijo cae prisionero...

KELLERM. Muy crítica es esa condición del problema.

IVANOFF. ¡Me estremezco pensando en ese momento fatal!... Al fin soy su padre.

KELLERM. Comprendo esas dudas. La debilidad es hoy el distintivo de la especie humana. Pasaron los tiempos de los grandes caracteres...

IVANOFF. Eso no, señor Obispo... Si fuese preciso...

KELLERM. Calma... Calma... Ya encontraremos una fórmula para conciliar el deber anexo á su elevadísimo cargo y los sentimientos paternales que tanto le mortifican.

IVANOFF. Necesito una regla de conducta y espero hallarla en sus sabios consejos.

KELLERM. Defienda á costa de su sangre su dicha y sus intereses. Primero: la doctrina de la Iglesia, depositaria de la verdad absoluta. Segundo: la persona del Czar, nuestro rey y señor; y tercero: las leyes del Imperio. Cumpliendo este altísimo deber, no hay inconveniente en que defienda también á los suyos.

IVANOFF. ¿Y si hay conflicto?

KELLERM. No puede haberlo.

IVANOFF. Puede ocurrir como en este caso, que la defensa de los míos, no pueda hacerse sin menoscabo de la Iglesia, ó del Emperador, ó de las leyes.

KELLERM. Entonces, caiga quien deba caer por el orden de su categoría.

IVANOFF. ¿El hijo sacrificado á la autoridad?

KELLERM. Dios y la autoridad son una misma cosa. Esta dimana de aquél. Dios es el primer soldado del Imperio.

IVANOFF. Seguiré sus consejos.

KELLERM. Ya procuraremos endulzar el castigo. Esto es lo único que podemos hacer los hombres. Si Octavio cae en poder de la policía, háganle comparecer á mi presencia. Venga el hijo extraviado á oir la voz divina transmitida por uno de sus ministros, y si el arrepentimiento desciende hasta su corazón le daremos el indulto, haciendo que vuelva limpio de pecado á la casa solariega.

IVANOFF. Es usted la bondad personificada.

KELLERM. ¡Silencio! La madre.

ESCENA VI

DICHOS y AURELIA por la izquierda.

AURELIA. ¿Aquí usted, señor Obispo? Lo celebro.

KELLERM. Saludo á la señora.

AURELIA. (Al notar la contrariedad que ha producido su presencia.) Tal vez he venido á interrumpirles. En tal caso me retiro.

KELLERM. Puede usted quedarse, señora.

IVANOFF. Toma, lee.

AURELIA. ¿Qué dice esta hoja? ¡Ah, firma Octavio!

IVANOFF. Sí, nuestro hijo Octavio.

KELLERM. Lea usted, señora. Lea usted. Hubiera querido evitarle esta pena con un prudente silencio; pero la natural indignación del padre, ha malogrado mi humanitario propósito.

IVANOFF. Bueno es que sepa también la madre los extravíos del hijo. ¿Vas leyendo? ¿Te vas enterando de los frutos que da la perniciosa semilla?... ¡Guárdale contemplaciones!

AURELIA. Pero, Dios mío, ¿aquí hay escrito algo que sea censurable?

KELLERM. ¡Ave María Purísima!

IVANOFF. ¿Sabes lo que dices?

AURELIA. Puede que mi juicio se haya turbado. Puede que mi corazón de madre encuentre

virtud, donde otros hallan delito... ¿Qué dice de malo este papel?

IVANOFF. Argúyale usted. Haga caer la venda de sus ojos.

KELLERM. ¡Ah! señora. Cuánta pena me produce este espectáculo... He aquí el pernicioso poder del virus venenoso. ¡Cuán pronto se ha obscurecido una clara inteligencia! Se ataca al dogma, y el ataque pasa desapercibido. Se ofende al Emperador, y no se encuentra la ofensa. Se escarnece lo más sagrado de la vida, y esto no se considera como uno de los mayores delitos.

AURELIA. ¡Perdón! Aquí sólo veo yo el alma de un espíritu sinceramente cristiano. Yo conozco profundamente á mi hijo. Predica la paz entre los hombres. Anatematiza todo acto de violencia. Mi hijo Octavio es un ángel, señor Obispo.

KELLERM. Conteste usted, General.

IVANOFF. Un ángel que interrumpe la limpia y gloriosa historia de los Ivanoff... Un ángel que huye del hogar paterno para ir á engrosar las filas de los viles conspiradores, mis mortales enemigos... Un ángel que pone á su padre en ridículo á los ojos del Emperador... Un ángel, en fin, que dice que la Autoridad, por el sólo hecho de serlo, ya es mala. Te desconozco, Aurelia.

KELLERM. ¡Un ángel caído!

IVANOFF. Usted lo ha dicho.

AURELIA. Aconseja al pueblo ruso, que sea bueno, que sea cristiano..., que se, ejercite en la práctica de las buenas obras.

KELLERM. Eso no es de su incumbencia. El pueblo ruso es como debe ser, y sacerdotes tiene la Iglesia para encauzarle por la vía del bien, si se extravía, y leyes la Nación, para castigarle, si no se corrije.

AURELIA. ¡Ah! señor... Qué desencanto sufro al oirle... Creí que la energía sólo debía estar de parte del Gobernador, mi esposo... Creí que de sus labios, sólo deberían brotar palabras de tolerancia y misericordia.

KELLERM. He ahí lo que está socavando los cimientos de la fe... La excesiva indulgencia de los ministros de Dios en la tierra.

IVANOFF. ¿Dudas, acaso, de las virtudes y bondades del señor Kellerman?

AURELIA. Si dudara no procuraría apoyarme en ellas para justificar la conducta de nuestro hijo... Comprendí, al llegar, que en esta sala se respiraban aires de enojo mal comprimido... Ivanoff; apelo á tu conciencia de caballero, prescindiendo de tus sentimientos de padre, para que me des una noble respuesta... ¿Serías capaz de castigar á nuestro hijo, como si fuera un malvado, por haber publicado esta hoja?

IVANOFF. Esta es una cuestión ya ventilada... No hay que volver sobre ella.

AURELIA. ¿Ventilada? ¿Ventilada sin contar conmigo?

IVANOFF. ¿Desde cuándo has sido tú mi consejera en asuntos que afectan á mi autoridad?

AURELIA. ¿Desde cuándo? Desde que la vida de nuestro hijo se ve comprometida en tus asuntos. Al saber que tus cosacos satisfacían sus instintos sanguinarios, entregándose á todo género de violencias, nada te he dicho... He llorado, sólo pensando en las desdichadas víctimas inmoladas al duro cumplimiento, de lo que llamas tu deber. Pero ahora, se trata de Octavio, de nuestro hijo, y no puedes tomar ninguna resolución, sin contar con su madre... ¿Quieres saber desde cuándo data mi derecho? Desde que sentí en mis entrañas las primeras palpitaciones de su vida. No puedes negarme este derecho, porque entonces, te negarías á tí mismo; á no ser, que quieras salirte de la Naturaleza, en cuyo caso, tampoco me tendrías por esposa.

IVANOFF. Contéstele usted.

KELLERM. Creo que no hay motivo para extremar tan rigurosamente la cuestión. Caiga Octavio en poder de la policía, y entonces ya veremos.

AURELIA. ¡Ah señor! ¿De qué lenguaje podría servirme para llevar á su alma la convicción de que nuestro hijo Octavio, obra á impulsos del amor que siente por la Humanidad?

KELLERM. Ese es el pretexto. Todos los revolucionarios dicen lo mismo.

AURELIA. Pero, mi hijo, no es revolucionario. Es el primero en combatir la violencia. El Mal no se destruye con el Mal, sino con el Bien. Esa es su doctrina... ¿Sabe usted porqué ha renunciado á los goces de su alta posición social? Para poner en harmonía sus palabras con sus obras... Para predicar con el ejemplo lo mismo que hacía Jesús... ¿Y por qué no juzgarle por sus cristianas intenciones? ¿Acaso, si la mayoría de los hombres fuese como mi Octavio, sería menester más dicha sobre la Tierra?

KELLERM. ¿Qué dice usted á esto General?

IVANOFF. Digo: que las doctrinas del hijo han seducido ya á la madre.

AURELIA. Y á todos cuantos le escuchan. ¿Hay ejemplo más hermoso que el de Paulowa?

KELLERM. ¡Paulowa!

AURELIA. Esa mujer se ha hecho buena: ha vendido sus joyas y ricos trajes y ha repartido entre los pobres todo el producto de la venta. Hoy cubre su cuerpo con humilde vestidura y vive pobremente en la verdadera vida, siguiendo los consejos de Octavio.

KELLERM. Permitid que lo dude, señora.

AURELIA. He triunfado, porque Paulowa está aquí.

KELLERM. ¿Cómo?

IVANOFF. ¿Aquí, Paulowa?

AURELIA. Ha venido á verme y quedó en la sala inmediata. (Toca un timbre.)

IVANOFF. ¿Cuál es tu propósito?

AURELIA. Disipar las dudas del señor Obispo.

ESCENA VII

DICHOS y UJIER por el foro

AURELIA. Que venga la señora que se halla en mi gabinete. (Vase el ujier por la izquierda.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS, menos el UJIER

KELLERM. ¿No habrá en esto una indigna mixtificación? ¿Quién es Paulowa?

IVANOFF. Una mujer cuyo contacto debiera evitar toda persona honrada.

AURELIA. Una pecadora arrepentida...

KELLERM. ¿Otra Magdalena? Basta con una.

AURELIA. Aquí viene.

ESCENA IX

DICHOS y PAULOWA pobremente vestida por la izquierda

PAULOWA. Estoy á sus órdenes, señora... Saludo á los señores.

AURELIA. Dinos, Paulowa... Dinos á impulsos de qué noble sentimiento se ha llevado á cabo la conversión de tu conciencia.

PAULOWA. Sería mejor callarlo... Los que quieran ver que miren el espejo de las buenas obras... Allí está la verdad. No en las palabras.

AURELIA. Este es un caso excepcional, mi querida Paulowa. No es para juzgarte á tí para lo que te he mandado llamar. Es para juzgar la conducta de nuestro hijo... Tus palabras pueden darnos el rayo de luz que apetecemos. En este caso constituyen una buena obra.

PAULOWA. Siendo así, nada puedo negar á la señora.

AURELIA. Repite cuanto há poco me digiste.

PAULOWA. Es bien sencillo. Mi vida era desordenada como nadie ignora en Moscou. La satisfacción del capricho era la línea dorada de mi conducta; pero ya en el fondo de ese placer asomaba el aguijón del hastío... Necesitaba el giro constante para hacerla más desordenada, y en esto se consumía toda la actividad de mis nervios y toda la llama de mi espíritu. Una noche quise realizar mi obra de seducción con Octavio. ¡Bienaventurado sea aquel dichoso momento, único en mi vida que debo agradecer á los impulsos del vicio! Las palabras de aquel hombre se esculpieron en mi corazón. «Ayer, hoy, mañana, siempre la misma cuenta... Salvo muy rara excepción, tu vida no habrá sido útil para nadie... Ni aún para tí misma... El dinero que derrochas en ese giro infructuoso de la vida, falta en muchos hogares... Lo que otros ganan, tú lo gastas en frívolos caprichos. Esos gruesos brillantes, gala de tu persona, son gotas de sudor vertido en campos y talleres... Esos rojos granates, son gotas de sangre humana petrificada... Llevas en tu cuerpo, á estilo de escaparate, todo el muestrario de la injusticia social... y en esa vida estéril habrán girado tus acciones como torbellino de hojas secas. Tus pasiones no habrán dado ningún jugo, y por el contrario habrán absorbido el jugo vital de otros seres más dignos que tú. ¿Y todo para qué? Para que, al rodar del acaso, venga toda tu hermosura á convertirse en flor de hospital. ¡Pobre Paulowa!» (Pausa.) Así habló aquel hombre extraordinario con acento, que más que una reconvención, parecía una caricia, ó un ósculo de amor á una alma pecadora. Y mi alma giró, saliendo de la sombra en que vivía y entrando en la luz que reina en la verdadera vida. Luego presencié el espectáculo horrible de

la miseria social que yo desconocía... Debajo de los esplendores del lujo que proporcionan las riquezas ¡qué negruras y tristezas se esconden! El hambre haciendo estragos. Los seres hacinados unos sobre otros sin distinción de sexos... El ambiente miserable saturado de repugnantes miasmas. Pordioseros que semejan gusanos. ¡Qué horribles son los antros que sirven de asilo á todos los desheredados de la fortuna!... Aquella misma noche me despojé de todas mis galas, arrancándome á tirones las joyas que servían de adorno á mi cuello, porque noté que los brillantes, me mordían en la carne y los collares y sortijas, no se ceñían, sino que se enroscaban á mi cuello como si quisieran extrangularme, y á mis dedos cual si tratasen de hacer en ellos una cruel amputación... Entonces pude respirar con libertad... Mi alma había sacudido el yugo de la esclavitud para siempre... Mi conciencia no era ya de los hombres, era de Dios... Esta es la historia de mi arrepentimiento.

KELLERM. ¿Habéis dicho que tratastéis de seducir á Octavio?

PAULOWA. En este mismo palacio. La noche del baile de trajes.

AURELIA. Esto pide una explicación. Paulowa obró así, á instancias mías.

KELLERM. ¿Usted se mezcló en tal asunto? ¿Con qué objeto?

AURELIA. Quería salvar á mi hijo Octavio.

KELLERM. Llevándole á los brazos del vicio.

AURELIA. Llevándole á los brazos del amor. Pensé que haciéndole prisionero de Paulowa, le libraba acaso de otras prisiones más obscuras.

KELLERM. Este caso no tiene la moral que se le atribuye... Díganos Paulowa. El vicio gasta la naluraleza y relaja los nervios... ¿No es usted nerviosa, excesivamente nerviosa?...

PAULOWA. Antes, sí. Ahora, no.

KELLERM. ¿Cómo puede ser eso?

PAULOWA. Señor. Los nervios se agitan en el ejercicio de las malas obras y se vuelven tranquilos y plácidos con el empleo de las buenas...

KELLERM. ¡Histerismo! ¡Histerismo puro! (Aparte al General.)

AURELIA. Puede usted retirarse, Paulowa.

PAULOWA. Con su permiso.

AURELIA. Vuélvase á mi gabinete.

PAULOWA. Allí espero. (Vase Paulowa por la izquierda.)

ESCENA X

LOS MISMOS, menos PAULOWA

KELLERM. ¿A qué ha venido esa desventurada?

IVANOFF. Eso es. ¿A qué ha venido?

AURELIA. A implorar un socorro para una familia virtuosa que se ve en la mayor pobreza.

KELLERM. Creo oportuno aconsejarle que haga oídos de mercader á sus peticiones.

AURELIA. ¿No le ha convencido el lenguaje de esa mujer?... No deduce de su palabra la verdad que las impulsa... ¿Duda aún del milagro realizado por mi hijo?

ESCENA XI

DICHOS y STOESSEL por el foro

STOESSEL. ¿Da usted permiso, mi General? ¡Ah! Dispensen ustedes. Creí que se hallaba solo el Gobernador.

IVANOFF. ¿Qué ocurre?

STOESSEL. Ocurre que su hijo Octavio... Tal vez no debo...

AURELIA. ¿Octavio dice?... Hable usted.

IVANOFF. Noto en su semblante una inusitada satisfacción... ¿Ha encontrado alguna pista?

STOESSEL. Sí, señor.

KELLERM. Loado sea Dios.

AURELIA. ¡Tiemblo á mi pesar!

IVANOFF. No perdamos tiempo. Diga todo lo que sepa.

STOESSEL. En este momento acabo de recibir la feliz noticia, que he venido á poner en su conocimiento, quizá con demasiada precipitación...

IVANOFF. Se dispensa su buen propósito. Prosiga.

STOESSEL. Los revolucionarios, ó propagandistas, se refugian en el fondo de unas minas que hay en uno de los montes cercanos, al Norte de Moscou, y las cuales se hallan actualmente abandonadas por una huelga persistente. Allí tienen la imprenta, de donde salen esas hojas clandestinas, que tanto soliviantan el espíritu del pueblo.

IVANOFF. ¿Cómo ha sabido eso?

STOESSEL. Por uno de ellos, llamado Miguel Colissoff, que me ha vendido el secreto por treinta rublos.

AURELIA. ¡Miserable!...

KELLERM. ¡Magnífico!

IVANOFF. Vamos á mi despacho. Allí acordaremos los medios más rápidos para proceder á su captura.

AURELIA. Stoessel... Usted me responde de la vida de mi hijo.

STOESSEL. ¡Señora!

IVANOFF. Se hará justicia. Vamos, señor Obispo.

KELLERM. Vamos.

ESCENA XII

AURELIA

¡Se apartan de mí!... Ya lo veo... Mi espíritu se siente oprimido por un negro presentimiento. Quieren arrebatarme la prenda más querida de mi corazón. (Vase á la puerta izquierda y llama.) ¡Paulowa! ¡Paulowa!

ESCENA XIII

DICHA y PAULOWA por la izquierda

PAULOWA. ¿Me llama usted?

AURELIA. ¿No me digistes que Octavio era tu maestro; tu ángel bueno?

PAULOWA. Sí.

AURELIA. ¿Quieres que entre ambas le salvemos del peligro de muerte que le amenaza?

PAULOWA. ¡Qué escucho!

AURELIA. Respóndeme sin rodeos. ¿Tú sabes dónde se oculta?

PAULOWA. ¿Yo...?

AURELIA. Sí que lo sabes.

PAULOWA. Aunque desgarrasen mi pecho con unos garfios, no lo diría.

AURELIA. No me has comprendido. No es menester que lo digas; basta sólo con que lo sepas.

PAULOWA. ¿Qué debo hacer para salvarle?

AURELIA. Correr inmediatamente en su busca para decirle, que un traidor, un Judas, ha denunciado á la autoridad el lugar donde se ocultan él y sus compañeros.

PAULOWA. ¡Gran Dios!

AURELIA El tiempo es oro... Stoessel, el Jefe de policía, caerá en breve sobre ellos como un gavilán hambriento sobre su presa.

PAULOWA. Pero, Octavio. ¿No es hijo del General Gobernador?

AURELIA. ¡Ah! Paulowa. Para estos críticos momentos, sólo puede contar con el apoyo de su madre.

PAULOWA. Voy corriendo.

AURELIA. Espera. Toma estas joyas. Con el producto de su venta, puede mi hijo salvar la frontera. Dile que huya de su patria á extranjero suelo, porque le aguarda la reclusión, ó tal vez la muerte... Dile que su madre se lo suplica con llanto del corazón en los ojos y acento de dolor en los labios. Díselo así, Paulowa.

PAULOWA. Cumpliré su deseo con toda la fuerza de mi alma para convencerle... Adiós.

AURELIA. ¡Que Dios te guíe! (Vase Paulowa por el foro.)

ESCENA XIV

AURELIA

Así, cuando vaya Stoessel, se encontrará sin la presa que codicia. (Dentro un gran rumor y la voz de Ivanoff, que dice: Oficiales de guardia, Servidores de Palacio, todos aquí.) ¿Qué habrá ocurrido?

ESCENA XV

DICHA é IVANOFF.—KELLERMAN y JEFE DE POLICIA por el foro

IVANOFF. ¡Mal rayo!

AURELIA. ¿Qué novedad es esta?

IVANOFF. Que se ha enseñoreado de mi palacio la hidra de la revolución; pero mi energía superará todos los obstáculos y vencerá todos los peligros.

AURELIA. ¿Quieres decirme?

IVANOFF. No tardarás en saberlo.

ESCENA XVI

DICHOS y JEFES y OFICIALES de diferentes cuerpos del Ejército Ruso y OFICIAL DE GUARDIA

OFICIAL. Mi General, ¿qué ocurre?

IVANOFF. Un hecho muy grave, señor Oficial de guardia. Escuchen todos. Lea usted en alta voz. (Le entrega á Stoessel el papel que trae.)

STOESSEL. (Leyendo.) General Ivanoff. La Justicia del pueblo te ha condenado á muerte y en breve serás ejecutado...

IVANOFF. Ese anónimo ha sido encontrado sobre la mesa de mi despacho. ¿Quién ha sido el autor de la hazaña? ¿Se callan todos? ¿Quién ha entrado en mi palacio, señor Oficial?

OFICIAL. ¡Señor! Me encuentro confundido.

IVANOFF. Usted es el primer responsable, porque manda la guardia de palacio.

OFICIAL. Mi General, la traición puede ocultarse bajo otro uniforme.

TODOS. ~~Protestamos.~~

OFICIAL. ¡Ah! ¡Qué idea!

IVANOFF ¿Tiene usted alguna idea?... Pronto.

OFICIAL. Acaba de salir de palacio precipitadamente una mujer.

AURELIA. ¡Paulowa! (¡Misericordia divina!).

IVANOFF. Ella había de ser... Volando; á darle caza.

AURELIA. Un instante, señores. Yo sé la dirección que ha tomado esa mujer.

IVANOFF. ¿Cuál?

AURELIA. La de la derecha de palacio, siguiendo la calle de Austerliz.

IVANOFF. Tanto mejor, en marcha. (Vanse todos por el foro.)

ESCENA XVII

AURELIA

Paulowa va en dirección opuesta. ¡La he salvado!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El interior subterráneo de unas minas de hierro. La obscuridad fuera completa si no se hallase débilmente iluminada la escena por algunas linternas de mano que hay situadas en el suelo. Galerías laterales y al foro.

CUADRO TERCERO

Nuevo Judas Iscariote

ESCENA PRIMERA

CIUDADANO 1.º, CIUDADANO 2.º y OTROS VARIOS. MIGUEL COLISSOFF retirado en un ángulo.

CIUD. 1.º (Levantando un farolillo para iluminar con la luz que despide el fondo de una galería situada á la derecha.) Todavía no ha concluído.

CIUD. 2.º ¡Vaya un hombre, camaradas!

CIUD. 1.º Es de hierro para el trabajo. Su herramienta es la pluma. Dejémosle. No vayamos á interrumpirle. De su cerebro brotan las ideas como agua cristalina de un manantial.

CIUD. 2.º Así resultan tan puras y agradables.

CIUD. 1.º Te diré. Yo no estoy completamente conforme con alguna de sus doctrinas. Eso de que cuando uno nos dé un bofetón en la mejilla derecha, tengamos que presentar la izquierda para recibir otro, si á mano viene, me parece un absurdo.

CIUD. 2.º Porque no entendemos bien el sentido de tales palabras. Eso debe ser una metá-

fora, ó como se diga. Demasiado se comprende que cuando uno recibe una bofetada, ha de faltarle tiempo para devolverla.

CIUD. 1.º ¿Y qué dices de esotro mandamiento de no resistirse á ningún mal por grande que sea el daño que nos produzca?

CIUD. 2.º Ahí es dónde más claro se ve que se trata de palabras de doble sentido. Ello es que Octavio nos da á todos ejemplo. Nosotros somos avanzados en ideas. Estamos arriesgando la vida por la causa de la libertad. Tenemos un pie en la mina y otro en la sepultura. Y ahora dime: ¿Correrías tú semejante riesgo siendo hijo del Gobernador, sobrándote el dinero y viéndote amo, como quien dice, de todos nosotros?

CIUD. 1.º Lo sueltas tan de sopetón que no sé por de pronto qué decirte.

CIUD. 2.º Medítalo un poco, si quieres, y contesta luego.

CIUD. 1.º Pues ya lo he meditado. Esa opinión que algunos tienen de que nosotros somos así porque la pobreza nos envuelve por todas partes, es una idea muy equivocada. La vida de los hombres no tiene precio y tanto vale la de un pobre como la de un rico.

CIUD. 2.º Te has metido por buen sendero. Prosigue.

CIUD. 1.º Nosotros al arriesgarla en esta lucha, arriesgamos lo que más se estima en el mundo, y quien tiene sangre y coraje para arriesgar la vida, no hace ningún sacrificio aunque añada encima toda su hacienda, ó todo su dinero.

CIUD. 2.º Bien dicho. Ya se nos van compenetrando las ideas del maestro.

CIUD. 1.º A fuerza de oirle, algo se aprende.

CIUD. 2.º ¿Quién llega?

CIUD. 1.º Es Alejandro.

ESCENA II

DICHOS y ALEJANDRO por la izquierda del foro.

ALEJAND. ¡Traigo una pena horrible, camaradas!

CIUD. 1.º Tu cara parece la de un cadáver.

CIUD. 2.º ¿Qué ha ocurrido?

ALEJAND. Acercaos todos... Formad una piña á mi alrededor. Oidme, compañeros. Carlos Stobolk ha sido ejecutado anoche en la mazmorra que le servía de cárcel.

CIUD. 2.º ¡Nuestro más querido compañero!

CIUD. 1.º ¡Maldición!

ALEJAND. Ha perecido en el tormento. Su cuerpo ha sido desgarrado. Sus carnes abrasadas á fuego lento; pero de sus labios, no ha salido ni una sola palabra peligrosa para la vida de sus compañeros. ¡Otro mártir de la libertad! (Pausa. Cuadro de muda sensación.)

CIUD. 2.º ¡Hoy uno, mañana otro!

CIUD. 1.º Así iremos todos cayendo.

ALEJAND. Todos no, compañeros. Por cada uno que cae se levantan otros diez. La sangre que se vierte por la libertad tiene ese don fecundo. En vez de apagar la idea la enciende. En vez de detener la marcha de la Historia la impulsa con mayor movimiento.

CIUD. 2.º Sí, sí; pero el que cae ya no se levanta.

CIUD. 1.º Buen manjar para los gusanos.

CIUD. 2.º Me ha llegado al alma esa noticia.

CIUD. 1.º Con tanto dolor, casi se siente uno con ganas de renunciar á la libertad.

ALEJAND. No, camaradas. Eso nunca. ¿Olvidáis lo que significa la palabra esclavitud? No se muere en el tormento, ni en la horca, pero se muere más lentamente. Hay instrumentos que trituran la carne, rompiendo los huesos. Este es un dolor espantoso para nuestro organismo sensible por naturaleza; pero es un dolor físico... Un hombre atormentado puede, sin embargo, ser libre

dándole alas al pensamiento en medio de sus mortales angustias; pero un hombre en la esclavitud, tiene que morderse la lengua aunque vea su rostro azotado por el látigo; tiene que besar la mano de su propio verdugo... ahogando en su corazón la rabia que le devora, preseindiendo de sus derechos de hombre, para convertirse en bestia de carga. Decidme ahora, amigos... ¿Qué es preferible? ¿La eselavitud, ó la libertad?

CIUD. 1.º (Estrechando la mano de Alejandro.) ¡La libertad!

TODOS. ¡La libertad!

ALEJAND. (Viendo que Miguel Colissoff no se ha movido del ángulo donde se halla sentado.) ¡Y tú, Miguel Colissoff, no tomas parte en esta expansión del espíritu, ¿ó acaso el dolor ha embargado tus sentidos?

COLISSOFF. Lo has acertado. Perdonadme. Me tenía abstraído el recuerdo de nuestro compañero Stobolk.

ESCENA III

DICHOS y OCTAVIO por la galería de la derecha.

OCTAVIO. ¡Pobre Stobolk! ¡Pobre Stobolk!

CIUD. 2.º ¡Octavio!

ALEJAND. ¿Nos has oído?

OCTAVIO. ¿Eso me preguntas? ¿O es que en la penumbra no se ven las lágrimas que derrama el dolor?

ALEJAND. ¡Ha muerto en medio de los más atroces sufrimientos!

OCTAVIO. ¡Calla, Alejandro! Nada hay tan grande como el silencio ante esa horrible desgracia.

ALEJAND. ¿No hierve tu sangre, Octavio?

OCTAVIO. El dolor ajeno la excita más que el propio dolor... Pero sé contenerme... Sube la sangre indignada al rostro, y tropieza con la fuerza del espíritu. Entonces se hace blanca y se convierte en lágrimas. Por eso lloro.

ALEJAND. ¿Y no se crispan tus dedos? ¿Y no se alarga

tu mano instintivamente como para empuñar la espada vengadora?

OCTAVIO. La pluma de hoy es la espada de otros tiempos. Este dolor que sentimos hay que difundirlo. En estas sacudidas se va purificando el sentimiento universal, porque el dolor ha sido y será siempre nuestro primer maestro.

ALEJAND. Pero hay dolores que sublevan el alma, y este es uno de ellos. Pensando en la muerte de Stobolk un escepticismo cruel invade nuestro sér. La duda se apodera de la esperanza. ¿Qué ley de compensación puede ya dar remedio á tan espantosa injusticia? ¿Qué dicha futura ni principio de moral posible pueden reparar el daño que se ha producido? ¿Cómo se levanta ya la Humanidad de tan tremenda caída? Hay más falta de lógica en la iniquidad que afecto á un hombre solo, que en el cataclismo que hiciera perecer de un golpe toda la raza humana.

OCTAVIO. Así el río se desborda cuando no puede contenerse en su cauce. Así el dolor se sale de sus límites cuando no cabe en el pecho, invadiendo el campo sereno de la conciencia... En este momento si tu poder fuese tan grande como el de Júpiter, abrasarías por medio de un rayo gigantesco á cuantos séres viven y giran en el torbellino de la Creación. Perezcan todos... Esta es la lógica de tu dolor... ¡Sálvense todos! Esta es mi lógica. Aprended vosotros, los que queréis la libertad social, á conservar la disciplina del entendimiento en las grandes crisis de la vida. Sabed que la libertad del individuo es anterior y superior á la libertad de todos. Esta tiene que reconocer un estado social. Aquélla sólo reconoce un amo: el Espíritu. Ni aun acepta el yugo del dolor. ¡Oh, Alejandro! Reconozco que la explosión de tu pena es capaz de conmover y hasta de derribar toda doctrina que no sea profundamente cristiana. La diferencia

entre tu línea de conducta y la mía es esta: Tú necesitas la violencia para transformar la materia social que nos abruma con su pesadumbre, mientras que yo proclámo la la ley del amor que es la fuente del bien para transformar la conciencia... Y puesto que hemos llegado al punto de reconciliación posible de ambas doctrinas, ya podéis reanudar vuestro interrumpido trabajo. Aquí os traigo nuevos originales. Repartíos estas cuartillas. Mañana publicaremos otra hoja con este título: «La muerte de Carlos Stobolk.» (Se descubre majestuosamente. Todos le imitan. Gran pausa. Luego dice.) Al trabajo.

TODOS. Al trabajo. (Desaparecen todos por la galería central.)

ESCENA IV

OCTAVIO

(Sentándose en un pedrusco.) ¡Pobre Stobolk! ¡Pobre Stobolk!

ESCENA V

DICHO y PAULOWA por la galería de la izquierda del foro.

PAULOWA. No veo más que sombras. ¡Octavio! (Llamando.)

OCTAVIO. ¿Quién llama? Octavio está aquí.

PAULOWA. ¡Loado sea Dios! Ya puedo hablarte.

OCTAVIO. ¡Paulowa!

PAULOWA. Sí. Paulowa que viene á decirte: Octavio, la traición os ha envuelto en sus negras mallas. Un miserable, imitando la conducta de Judas Iscariote, os ha vendido por treinta rublos.

OCTAVIO. ¿Qué dices?

PAULOWA. La verdad. Ese infame ha revelado á la policía vuestro secreto. Stoessel, su jefe, pronto caerá sobre vosotros. Llama á tus compañeros sin pérdida de tiempo y huid

todos hasta poneros á salvo del peligro que os amenaza. ¡Pronto, pronto!

OCTAVIO. Aguarda, Paulowa. Tu juicio no está sereno. Tranquilízate y dime: ¿Dónde está el traidor?

PAULOWA. Aquí entre vosotros.

OCTAVIO. ¿Quién te ha revelado su traición?

PAULOWA. Tu madre. Tu propia madre. Las lágrimas corren en abundante río de sus ojos.

OCTAVIO. ¡Madre sublime!

PAULOWA. Me ha dado estas joyas para tí. Tómalas. «Que huya Octavio lejos de su patria. Que salve la frontera.» Eso me ha dicho.

OCTAVIO. ¡Qué espantoso conflicto!

PAULOWA. ¿Dudas? ¿Vacilas? ¿A qué guardas, Octavio? Llama á tus compañeros.

OCTAVIO. ¿Y el traidor?

PAULOWA. ¡Qué sucumba!

OCTAVIO. Caerá el puñal sobre su pecho. Le matarán...

PAULOWA. Entonces que mueran tus compañeros. Que se salve la infamia y que perezca la virtud.

OCTAVIO. Eso no. Si así no fuese, ¿dónde estaría el espantoso conflicto? Espera. (Se aproxima al foro y llama.) ¡Alejandro! Compañeros... Aquí todos, volando. Que hay peligro. Calla tu, Paulowa. (Paulowa se oculta en la galelería derecha.)

ESCENA VI

DICHO y ALEJANDRO y CIUDADANOS 1.º y 2.º y OTROS con MIGUEL COLISSOFF

ALEJAND. ¿Por qué esa alarma?

CIUD. 1.º ¿Qué hay?

CIUD. 2.º ¿Qué ocurre?

OCTAVIO. Pronto lo sabréis. Decidme, compañeros. ¿Puede haber un traidor entre vosotros?

ALEJAND. Si dudas de mí, soy capaz de atravesarme el pecho para caer á tus plantas sin vida.

OCTAVIO. Tú eres bueno, Alejandro. (Dándole la mano.)

CIUD. 1.º Aquí hay un corazón de hombre. Atraviésalo, si me crees capaz de semejante conducta.

OCTAVIO. Dame un abrazo, compañero. (Se abrazan.)

CIUD. 2.º ¿Quién puede poner en duda mi lealtad?

OCTAVIO. No seré yo mientras no se eclipse la luz de mi cerebro. Callaos todos... Dejad que os recuerde, uno por uno. Me sois tan conocidos, que os llevo esculpidos en la memoria. ¡Ah! El es; no hay duda. (Acercándose á Colissoff, y diciéndole en voz baja.) Tú eres el Judas. Vete.

COLISSOFF. ¡Yo! (Turbado.)

OCTAVIO. Vete, antes que se derrame tu sangre en mi presencia.

COLISSOFF. ¡Estoy perdido!

OCTAVIO. Disimula cuanto puedas. Huye. (Al pretender hacer mutis por la galería del foro izquierda, le detiene Alejandro bruscamente, cogiéndole de un brazo.)

ALEJAND. ¿Dónde vas?

COLISSOFF. Pregúntaselo á Octavio.

OCTAVIO. Lleva un buen destino. No le cortes el paso.

CIUD. 1.º ¿Conoce ese al traidor?

OCTAVIO. Perfectamente.

CIUD. 2.º ¿Y vá en su busca?

OCTAVIO. Dejadle, que no tardará en volver.

ALEJAND. Siendo así, puedes irte.

COLISSOFF. (Al hacer mutis.) ¡Respiro! (Vase Colissoff por la galería izquierda del foro.)

ESCENA VII

LOS MISMOS, menos COLISSOFF

OCTAVIO. Ahora á poneros en salvo vosotros.

ALEJAND. ¿Qué dices? ¿Qué peligro nos amenaza?

OCTAVIO. La policía ha descubierto nuestro oculto retiro. Ya sabe el lugar donde trabajamos, y que tenemos nuestra imprenta en el fondo de estas minas.

ALEJAND. ¡Maldición!

CIUD. 1.º Huyamos.

TODOS. Huyamos.

OCTAVIO. Esperad un momento. Aquí tenéis joyas de mucho valor. Tomadlas. Servíos del producto de su venta para poder ocultaros de nuevo.

ALEJAND. ¿Y tú?

OCTAVIO. Idos vosotros. Yo seguiré vuestras huellas. No temáis por mí.

ALEJAND. Entonces nos quedamos. Pereceremos juntos...

OCTAVIO. Lo que yo digo debe cumplirse. Si no me obedecéis renunciad á mi amistad para siempre.

ALEJAND. Te obedecemos. Adiós.

OCTAVIO. ¡Adiós! (Octavio les despide conmovido abrazando á unos y dando la mano á otros, mas todo hecho con gran presteza y señalándoles la galería del foro izquierda, por donde hacen mutis precipitadamente.)

ESCENA VIII

OCTAVIO

Ven acá, Paulowa.

ESCENA IX

DICHO y PAULOWA

PAULOWA. ¡Cuán grande es tu alma, Octavio! Mírame á tus pies de rodillas. Así, postrada, te juro seguir, hasta la muerte, tu doctrina de amor y misericordia.

OCTAVIO. Tus ojos ya ven claro, aún en medio de las tinieblas que nos rodean. Tu alma se ha emancipado de la esclavitud. Eras gusano y ya eres flor. El cieno ha servido de pedestal á tu nueva hermosura. Levanta, que sólo ante Dios, debes ponerte en semejante

actitud. (Dentro gran rumor y dos disparos de revólver.) ¿Qué ruído es ese?

PAULOWA. Alguna otra desventura.

ESCENA X

DICHOS y ALEJANDRO y sus COMPAÑEROS precipitadamente por la izquierda del foro

ALEJAND. ¡Maldición!

CIUD. 1.º ¡Somos perdidos!

OCTAVIO. ¿Cómo?

ALEJAND. Nos ha cerrado el paso la policía.

OCTAVIO. ¿Y no hay otra salida?

CIUD. 2.º No hay otra.

ALEJAND. Compañeros. A morir matando. Nos emboscaremos entre las rocas. Vomitaremos fuego sobre nuestros perseguidores. (Desaparecen por la galería del foro derecha.)

ESCENA XI

OCTAVIO y PAULOWA

OCTAVIO Pon el pensamiento en Dios, Paulowa, que ya se acerca el peligro.

PAULOWA. Lo pongo en Dios y en tí, porque te amo, Octavio. ¡Te amo!

OCTAVIO. Así ama el espíritu en las horas más críticas de la vida.

ESCENA XII

DICHOS y COLISSOFF y STOESSEL, seguidos de UN PELOTÓN DE INDIVIDUOS de la policía rusa y ALGUNOS GRANADEROS por la galería del foro izquierda. STOESSEL con la espada desnuda

COLISSOFF. ¡Miradle! ¡Ahí está el hijo del General!

OCTAVIO. (Dando un paso hacia ellos.) ¿A quién buscáis?

STOESSEL. Á Octavio Ivanoff.

OCTAVIO. Yo soy.

STOESSEL. ¡Ay del que atente contra su vida! Prendedle. (Le atan ambos brazos sobre la espalda.)

PAULOWA. Prendedme á mí también.

STOESSEL. A los dos. (Atan á Paulowa en la misma forma.) Ahora arriba con los presos y á guardar bien las bocas de la mina. No quiero sacrificar mis soldados persiguiendo á los otros, ocultos en las sombras. Ya les rendirá el hambre. Nuestra misión principal se ha cumplido. Sin pérdida de tiempo. ¡Arriba! (Vanse todos por la galería izquierda del foro. El último, Colissoff, que dice:)

COLISSOFF. Ya empieza á remorderme la conciencia. ¡Treinta rublos y un pasaporte! Huiré de Rusia. (Trata de seguir á los otros que desaparecieron por la izquierda; pero sale Alejandro y le ataja, diciendo:)

ALEJAND. ¡Alto!

COLISSOFF. ¡Alejandro!

ALEJAND. ¡Muere por traidor (Asestándole una puñalada. Colissoff cae muerto.)

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

La calle de la Amargura

Telón corto con la vista exterior de las minas.

ESCENA PRIMERA

Al hacerse la mutación, sale STOESSEL por la izquierda, siguiéndoles VARIOS POLICIAS que escoltan á PAULOWA, quien trae las manos atadas sobre la espalda.

STOESSEL. Llévenla bien custodiada á la cárcel en uno de los carruajes que hemos traído. Me respondéis de esta mujer con vuestra vida.

POLICIA. (Cogiendo bruscamente á Paulowa de un brazo.) En marcha. (Vause Paulowa y su escolta por la derecha.)

ESCENA II

Salen por la izquierda, OCTAVIO atado como PAULOWA, custodiado por VARIOS POLICIAS y STOESSEL

STOESSEL. Prisionero Octavio. Si usted promete no hacer intento alguno de evasión, por honor á su persona, le desataremos los brazos.

OCTAVIO. Dígame antes: ¿Cómo conducen á los prisioneros? ¿Cómo llevan á Paulowa?

STOESSEL. Atada fuertemente.

OCTAVIO. Entonces, llévenme de igual manera, apretando mis ligaduras, porque noto que se han aflojado.

STOESSEL. ¿Se pone usted al nivel de esos miserables?

OCTAVIO. Esos miserables son más dignos que yo.

STOESSEL. El hijo del Gobernador de Moscou no es un plebeyo.

OCTAVIO. Todos tenemos el mismo origen.

STOESSEL. ¡Qué miro! ¿Quién llega en aquel carruaje? Se para. Baja una señora.

OCTAVIO. Es mi madre.

STOESSEL. ¡La esposa del Gobernador! Esto se complica.

ESCENA III

DICHOS y AURELIA por la derecha vestida de negro.

AURELIA. (Abrazando á su hijo llorando.) ¡Hijo de mi alma!

OCTAVIO. ¡Madre! No llores por mí. Llora por cuantos desgraciados padecen persecución por la justicia.

AURELIA. ¿Y no abrazas á tu madre?

OCTAVIO. Ya lo hago con el corazón.

AURELIA. Atado como un malhechor. ¿Esto, qué significa, Stoessel?

STOESSEL. Señora... Cumplo las órdenes que he recibido.

OCTAVIO. No le culpes. La culpa es de la Ley, que es mala.

AURELIA. Desatadle al momento.

OCTAVIO. Tu orden tampoco debe cumplirse, porque no es igual para todos. Deteneos. Quiero ir atado. Escucha, madre. ¿Qué prefieres? ¿Qué vaya atado de los brazos ó del corazón? Déjame así, por piedad.

AURELIA. ¡Ay! Qué pena tan grande siento.

OCTAVIO. Eso consiste en que se ha detenido el curso de tus lágrimas. Derrámalas para desahogar tu dolor. Las lágrimas son las únicas perlas que esmaltando la carne, no ofenden á la miseria ajena. Ven, madre. Apóyate sobre mis hombros y llora. Tu hijo amado será el pedestal de tu amargura.

AURELIA. (Haciendo lo que le indica Octavio.) ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

OCTAVIO. (Después de una pausa.) Para que aprendas á conocer hasta dónde llega el rigor de las injusticias sociales. Si tú no fueses mi madre y yo no fuese hijo del Gobernador

ya te hubiesen arrancado á tirones de mis brazos.

AURELIA. Siempre con el pensamiento aferrado á esas ideas.

OCTAVIO. Ponlas en todos los cerebros y verás qué pronto reina la paz sobre la Tierra.

AURELIA. Esto debe tener un término. Iré á ponerme á los pies del Emperador para obtener tu libertad.

OCTAVIO. Eso que llamas libertad es esclavitud. Esto que á tí te parece esclavitud es libertad. De modo que irías á buscar lo contrario de lo que apeteces. Pídele al Czar la libertad de todos, ó lo que es lo mismo, la emancipación del pueblo ruso, y entonces habrás conseguido en parte tu objeto, y digo en parte, porque aun así no quedarían libres todos los hombres.

AURELIA. ¿Y has de seguir tu calvario?

OCTAVIO. Como lo siguieron otros. Yo no hago más que imitarles.

AURELIA. Dígame, Stoessel: ¿Dónde tiene orden de conducirle?

STOESSEL. Al palacio episcopal.

AURELIA. ¡Ah! Eso es que el señor Kellerman quiere hablarle. Sin duda trata de llevar á tu espíritu los destellos de su fe. ¡Que Dios te ilumine!

OCTAVIO. Hubiera preferido ir directamente á la cárcel.

AURELIA. Stoessel: Cumpla usted con su deber.

STOESSEL. Vamos.

OCTAVIO. Adiós, madre.

AURELIA. Te llevas mi alma, hijo mío. (Vanse por la derecha.)

ESCENA IV

AURELIA

Nada temas, Octavio. (Rehaciéndose con mucha energía.) Tu madre será tu salvación, aunque

para ello tenga que mostrar la mayor energía. Mi esposo dice que por encima de todo está su Rey y Señor... Yo digo que por encima de todo está el hijo de mis entrañas. Una madre es más que un Emperador. ¡Así lo manda la Ley de la Naturaraleza!

FIN DEL CUADRO IV

CUADRO QUINTO

En casa de Caifás

Salón dorado en el Palacio del Obispo Kellerman.—La nota saliente de esta sala debe ser el lujo.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

KELLERMAN en medio de otras dos dignidades eclesiásticas.

¡Cuánto tarda! Hace ya más de media hora que recibí el aviso de Stoessel. Octavio es ya nuestro prisionero. Tengamos calma y aprovechemos el tiempo para medir la importancia del acto que vamos á realizar. Si consigo devolverle al General el hijo purificado de sus errores, nuestra influencia en palacio será omnímoda. Si no consigo mi objeto le llevaremos á un manicomio. Esta es la única solución que tiene el conflicto, ya que sería demasiado riguroso deportarle á la Siberia. (Dentro rumores.) Ya han llegado.

Ya se acercan. Recibámosle con la solemnidad que requieren las circunstancias. (Se sientan en tres grandes y ricos sillones que habrá frente á la puerta de la derecha. Kellerman en medio.)

ESCENA II

DICHO y OCTAVIO custodiado por STOESSEL y GRANADEROS á sus órdenes, por la derecha.

STOESSEL. Aquí está el prisionero. La orden del General Gobernador se ha cumplido. (Pausa.)

KELLERM. ¿Cómo perteneciendo á tan noble familia ha llegado usted á semejante extremo? ¿Es Octavio Ivanoff quien se halla en mi presencia, ó un malhechor perseguido por la justicia?

OCTAVIO. Ninguna mala acción he cometido... Sigo las máximas de Jesús.

KELLERM. Esa misión pertenece á los sacerdotes y no á los profanos que las interpretan malamente.

OCTAVIO. ¡Ah! Señor. ¿Y es con el lujo y la riqueza que le rodean como se llega á la verdadera interpretación de los preceptos cristianos?

KELLERM. Calle el atrevido. Este lujo y esta riqueza son propios de la grandeza del Sujeto á quien se dedican y obedecen á nuestra intención de rendirle los mayores homenajes de la Tierra...

OCTAVIO. «No te inquiete tu mañana, ni qué vestirás, ni qué comerás,» dijo Cristo...

KELLERM. Advierto que toma usted como sentido real y efectivo, lo que es puramente paradógico.

OCTAVIO. El desprecio á las riquezas nunca fué una paradoja, sino un principio de moral cristiana, profundo y verdadero.

KELLERM. No admito lecciones de un loco... de un extraviado.

OCTAVIO. Entonces dígame: ¿Por qué me atan? ¿Por

qué me traen á su presencia como un malhechor? ¿Cuál es mi delito?

KELLERM. El de perturbador del orden social.

OCTAVIO. Yo predico estos cinco mandamientos... Vivir en paz con todo el mundo. Llevar una vida pura... No jurar... No resistir al mal... No creer en fronteras... ¿Dónde está el delito, señor?

KELLERM. Esas doctrinas soliviantan al pueblo. Dentro de la Iglesia corrigen y edifican. Fuera de ella son disolventes.

OCTAVIO. El Bien para que resulte provechoso, necesita traducirse en verdaderas obras, no sólo en la Iglesia, pero también en la calle, en el campo, en la ciudad, en el taller y en la familia.

KELLERM. Jesús, con ser Jesús, no ha podido aún transformar la tierra, como usted pretende, pequeño gusano adherido á su costra.

OCTAVIO. Porque los hombres no siguen sus salvadoras doctrinas. Porque esta Sociedad que se llama cristiana, después de tantos siglos de propaganda evangélica, sólo lo es de pura fórmula.

KELLERM. (Nervioso.) No puedo tolerar semejante lenguaje. No puedo consentir que ofenda usted de ese modo nuestros sentimientos religiosos.

OCTAVIO. Sólo digo y defiendo la verdad.

KELLERM. De sus labios debieran salir únicamente frases de arrepentimiento. Eso es lo que exigía la falta que ha cometido; pero su alma se ha extraviado en ese bosque de ideas malsanas, de donde sale el veneno que emponzoña el entendimiento de la juventud. Usted se presenta ante sus Jueces, disfrazado de humildad y mansedumbre, para dar santa apariencia á sus doctrinas antisociales. Así embauca á las gentes, sencillas ó ignorantes, que se prometen, por medio de su irrealizable cumplimiento, todos los goces mundanos y todos los placeres de la materia... He ahí la funesta semilla que se halla usted sembrando con un

atrevimiento que raya en locura y con una irreligiosidad que merece el más ejemplar de los castigos.

OCTAVIO. No me ofende su cólera, señor. Al fin es hombre, y como tal digno de ser perdonado. Lástima grande que no haya llegado hasta su corazón ni una sola de mis palabras.

KELLERM. ¿Pero esa humildad no es ficticia?

OCTAVIO. Los ojos del error no distinguen lo falso de lo verdadero. ¡Triste ceguera del Espíritu!

KELLERM. ¿Se cree usted Jesús?

OCTAVIO. ¡Ah! señor... Si yo fuese el propio Jesús, le diría: Aplaca tus iras y óyeme, puesto que te llamas siervo de mi doctrina... Compara mi traje con el tuyo... Yo visto humilde blusa. Tú te engalanas con rico traje talar... Mi casa es la de todos los pobres... Tú vives en suntuoso palacio y sólo visitas las casas de los ricos. Mi acento es dulce y tranquilo. El tuyo vibrante y destemplado. Tu pecho rebosa de coraje. El mío sólo destila miel hasta para mis mayores enemigos. Compara y dime, si puedes llamarte con tal conducta y semejantes hechos, representante en la Tierra de mi generosa doctrina...

KELLERM. Este hombre es capaz de enfurecer á un santo...

OCTAVIO. No he concluído, señor...

KELLERM. ¿Piensa apurar mi paciencia? Mayor será el castigo.

OCTAVIO. Y aún luego añadiría. Tú que pides el arrepentimiento de los demás, comienza por purificar tu propia conciencia. Ni aun en medio de tus errores serás eliminado de mi gracia. Abandona tus riquezas y sígueme. A Cristo lo que es de Cristo. Al César lo que es del César. Toma mi cruz. La encuentras pesada y dolorosa porque no está forrada de sedas ni terciopelos; pero en medio del dolor que produce, advierte el perfume espiritual que exhala... Esta es mi ley. Con ella, por medio del ejemplo,

confúndete con todos los desgraciados, con todos los pobres y cuantos padezcan hambre y sed de justicia. Y el pueblo que sufre y trabaja, te amará á tí y á los tuyos, en vez de repudiaros como os repudia, no por la doctrina que predicáis, que es buena, sino por el mal ejemplo que están dando todos aquellos que trafican con la conciencia humana como si fuese la Religión una mercancía. Todos aquellos que me tienen continuamente en los labios y nunca en el corazón... Todos aquellos que han hecho de la cruz, símbolo de amor y misericordia, un instrumento de guerra y exterminio... Todos aquellos, en fin, que llamándose soldados de mi fe, sacrifican sus derechos inviolables, la libertad y la conciencia, para formar una milicia de seres desgraciados sin más objeto que hacer desgraciada á toda la Humanidad.

KELLERM. (Fuera de sí.) ¡Basta! ¡Basta! ¡Esto es demasiado! ¡Stoessel! ¡Guardias! ¡Oblíguenle á caer de rodillas!

STOESSEL. (Obligando á Octavio á caer de rodillas.) ¡De rodillas!

KELLERM. Pida perdón en esa actitud de los agravios que nos ha inferido.

OCTAVIO. Las almas no se doblan como los cuerpos. Mi alma permanece erguida y, serena.

KELLERM. O es un malvado á quien hay que deportar á la Siberia, ó un loco á quien hay que encerrar en un manicomio. Llévenle á la cárcel que ya enteraré á su padre de las hondas raíces que el espíritu del mal ha echado en el corazón de su hijo.

STOESSEL. Vamos.

OCTAVIO. Yo á la cárcel como Jesús. Usted ahí queda como Caifás... Le compadezco, señor Obispo. (Vanse por la derecha.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Decoración del acto II, Cuadro II, Sala del palacio del Gobernador.

CUADRO SEXTO

El César vencido

ESCENA PRIMERA

IVANOFF

El conflicto se agranda de un modo formidable. Mi autoridad ya no puede sostener tan tremenda batalla. Será inútil que Kellerman me preste las energías de que se halla poseído. Religión y Autoridad no pueden vencer el amor indómito de una madre. Aurelia es la roca granítica donde se estrellan las olas de este mar tempestuoso. ¡Prestigio de mi nombre! ¡Legalidad de mis actos! ¡Justicia!... Todo para ella es nada ante su ídolo... ante su Octavio. (Pausa.) La idea de Kellerman no es mala. El á un manicomio. Los otros á la Siberia. Mi hijo Octavio está loco realmente. No se concibe de otro modo el móvil de su conducta.

ESCENA II

DICHO y AURELIA por el foro

IVANOFF. ¡Aurelia!

AURELIA. Heme aquí de regreso. (Se sienta dando muestras de un profundo disgusto.)

IVANOFF. ¿Le has visto?

AURELIA. Sí.

IVANOFF. Puesto que has satisfecho tu deseo contra mi voluntad, dime algo de tu entrevista... Pero sin lágrimas.

AURELIA. Cierto. Cuando la indignación hierve en la sangre, no se llora, antes se mata...

IVANOFF. ¿Qué ha sucedido?

AURELIA. ¡Petronio! Tú eres buen soldado, pero mal padre...

IVANOFF. Para mi conciencia basta con lo primero.

AURELIA. Ha llegado la hora de las supremas resoluciones. Nuestro hijo me ha revelado un suceso horrible.

IVANOFF. ¿Cuál? ¿Acaso le han sometido al tormento?

AURELIA. No han torturado sus carnes ni hecho crugir sus huesos; pero han llevado á cabo una tortura mayor. Un daño inícuo.

IVANOFF. ¡Explícate!

AURELIA. Han atormentado á la infeliz Paulowa; ¿pero dónde? En lugar dónde sus gritos de dolor, sus ayes de angustia, eran oídos por nuestro hijo. En una celda inmediata á la suya. ¿Y para qué? Para desgarrar aquel pecho magnánimo. Para oprimir aquella alma generosa, que sólo destila miel contra sus propios verdugos. Para dominarle por el terror..., Petronio; esa conducta derivada de tu autoridad es sencillamente inhumana. Derivándose de tus sentimientos de padre, es más que inhumana, es infame.

IVANOFF. (Con acento amenazador.) ¡Aurelia!

AURELIA. Infame, sí; lo repito; y aunque triturasen

mi cuerpo con unos garfios, no me harían enmudecer; y la palabra infame, saldría de mis labios. Y si me amordazasen la diría con la fuerza del pensamiento. ¡Infame! ¡Infame!

IVANOFF. Me voy para no llevar á cabo un acto indigno de un hombre.

AURELIA. (Levantándose y cerrándole el paso.) No, Petronio... Iría en pos de tí, y la escena aquí interrumpida, volveríase á reanudar en otra sala... Más vale que te quedes y oigas hasta el fin.

IVANOFF. (Haciendo un supremo esfuerzo para contenerse y tomando asiento.) Ya te escucho. Habla.

AURELIA. (Acercándose á Ivanoff y hablándole de pie.) Vas á serme franco. Esa idea de atormentar á nuestro hijo para que desista de su conducta, mortificando cruelmente su espíritu, no es tuya...

IVANOFF. Sí.

AURELIA. No. Esa idea es de ese señor Kellerman. Tu amigo y consejero.

IVANOFF. Y aunque así fuese. Hago completamente mía la responsabilidad de mis actos.

AURELIA. Conforme; pero esa idea no es tuya, porque moralmente sólo puede salir del cerebro de un malvado.

IVANOFF. ¿Llamas malvado al Obispo de Moscou?

AURELIA. ¿Vas á tomar su defensa? Harto harás con defenderte tú en un litigio donde se arriesga la vida de nuestro hijo.

IVANOFF. Vamos por el atajo. ¿Qué te ha dicho Octavio? ¿Desiste de sus extravíos? ¿Abjura de sus errores para hacerse digno de un acto de clemencia? Eso es lo que importa.

AURELIA. ¿Abjurar Octavio de sus creencias? Eres su padre y no le conoces.

IVANOFF. ¿Quiere la libertad? Que la solicite de su padre el General Gobernador.

AURELIA. Tampoco la quiere á costa de la otra libertad; la de la conciencia, que vale para él, mucho más que la primera.

IVANOFF. Entonces que continúe donde se encuentra.

En la cárcel pudrirá los huesos, ó en un manicomio.

AURELIA. ¿En un manicomio? ¿Has dicho en un manicomio?

IVANOFF. Sí, por cierto.

AURELIA. Esa idea tampoco es tuya.

IVANOFF. Bueno; es del Obispo: lo mismo da.

AURELIA. (Toca un timbre.)

IVANOFF. ¿Qué intentas?

AURELIA. Oyelo.

ESCENA III

DICHOS y UJIER por el foro.

AURELIA. Que venga inmediatamente el señor Kellerman. (Vase el ujier haciendo una profunda reverencia.)

ESCENA IV

AURELIA é IVANOFF

IVANOFF. ¿Quiéres decirme...

AURELIA. Deseo que venga ese señor. Ya lo ves.

IVANOFF. ¿Con qué objeto?

AURELIA. Para que te sustituya en tus funciones de Gobernador y de Padre.

IVANOFF. (Acercándose á Aurelia con ademán amenazador.) ¿Qué osas decir?

AURELIA. (Conteniéndole con digno y majestuoso ademán.) Cuidado, esposo, cuidado. Ni eres cosaco ni estás ébrio... Mira lo que haces.

IVANOFF. (Dejándose caer en una silla junto á una mesa escritorio.) El hijo se declara rebelde. La madre me humilla. ¡Esto es vergonzoso para un General del Imperio! (Pausa.)

AURELIA. ¡Estás irritado! Haz que vuelva la tranquilidad á tu espíritu, y óyeme con calma.

IVANOFF. ¿Aún no has concluído?

AURELIA. Tú no eres malo en el fondo. Has elevado

al rango de sacerdocio el cumplimiento de tu deber militar... Yo sé que sufres, aunque lo disimulas, por nuestro hijo... Pero hay un espíritu malo que tuerce tus sentimientos, haciéndote sanguinario y cruel, elevando hasta el crimen lo que sólo debiera ser corrección ó castigo. Ese espíritu que te infiltra tal ponzoña, se cubre con el manto de la religión... El lobo se disfraza de humilde oveja para conseguir mejor su propósito, para asegurar su presa, casi siempre inocente... Ese hombre fanático, anacrónico, frío y despiadado, es tu amigo predilecto.

IVANOFF. ¿Kellerman?

AURELIA. El mismo.

IVANOFF. Estás loca, Aurelia, estás loca.

AURELIA. Todavía no; mas puede que me haga perder el juicio la desesperación.

IVANOFF. En suma, ¿qué pretendes?

AURELIA. (Acercándose á la mesa. Saca una hoja de papel del pupitre. Toma una pluma, la moja y le dice á Ivanoff.) Firma aquí, Petronio.

IVANOFF (Estupefacto.) ¿Qué dices?

AURELIA. Que firmes aquí. Al pie de este papel sellado con tu escudo.

IVANOFF. ¿Que yo firme en blanco? ¿Qué es esto?

AURELIA. Una orden al Alcaide para que ponga inmediatamente en libertad á Octavio y Paulowa.

IVANOFF. ¡Maldición!

AURELIA. (Con mucha dulzura.) No blasfemes. Amordazo tu boca con mi mano para que no lances otra maldición. Besa ó muerde... Si lo primero, es señal de que todavía quieres ser mi esposo. Si lo segundo, es prueba evidente de que dejas de serlo.

IVANOFF. (Vencido en un arrauque conyugal.) ¡Aurelia! ¡Aurelia mía! Por qué me colocas en este durísimo trance... Puedo transigir con la libertad de Octavio; pero no con la de Paulowa. Esa mujer debe ser castigada. Lo exige la vindicta pública.

AURELIA. Ven aquí, Petronio. Puesto que he conse-

guido que se desprenda de tus entrañas una chispa de humanidad, hablemos como dos buenos amigos. ¿Qué delito ha cometido esa mujer?

IVANOFF. ¿Acaso lo ignoras? Se hallaba en connivencia con los revolucionarios. Ella fué la que puso el anónimo en mi despacho.

AURELIA. ¿Aún sigues dando crédito á esa fábula?

IVANOFF. ¿Quién fué entonces?

AURELIA. Alguno de los que te rodean...

IVANOFF. ¿Y no le denuncias?

AURELIA. No; porque no es suficiente una sospecha.

IVANOFF. Ya basta. Dime su nombre.

AURELIA. Cuando tenga una prueba.

IVANOFF. ¡Bah! ¿No haces empleo de esos ardides para salvar á Paulowa?

AURELIA. Paulowa es inocente.

IVANOFF. Confíame tus sospechas.

AURELIA. No insistas. Firma ese mandamiento de Libertad.

IVANOFF. (Levantándose.) Me pides un imposible... En la balanza de nuestro amor, pesa más mi autoridad. No puedo complacerte.

AURELIA. Entonces escucha bien lo que voy á decirte, Petronio. Con la crueldad no conseguirás tu objeto. Siembras vientos de odio y recogerás tempestades de sangre. La revolución te hará pedazos, porque á ella iremos todos... todos; hombres y mujeres, altos y bajos, maldiciendo al déspota en cuyo corazón no se alberga ningún sentimiento de humanidad.

IVANOFF. (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Y no me traga el infierno!

AURELIA. Se cumplirán tus deseos de venganza. Llegará tu prestigio á la cumbre de la gloria oficial. Te llamarán el Guzmán del Imperio ruso. Nuestro hijo Octavio, morirá en la cárcel, y yo... yo me traspasaré las entrañas con un hierro para que perezca también el hijo de tu sangre que ya ha empezado á germinar en ellas.

IVANOFF. ¡Gran Dios! ¡Qué escucho!

AURELIA. Sí, Petronio; de nuevo eres padre.

IVANOFF. (Firmando rápidamente la hoja de papel que habrá quedado sobre la mesa.) Toma, me has vencido.

AURELIA. Aún tienes corazón.

IVANOFF. Voy á respirar á otro ambiente. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

AURELIA

¡Libres Octavio y Paulowa! He conseguido lo que deseaba, mas no sin ruda violencia. Este papel tiembla en mis manos. Blanca paloma que se estremece de regocijo preparándose para ser mensajera de la dicha más grande que puede concederse al infeliz prisionero. ¡La libertad!

ESCENA VI

DICHA y UJIER por el foro

UJIER. El señor Obispo.

AURELIA. ¡Magnífico! Llega en buen hora... Que pase. (Vase el ujier.)

ESCENA VII

AURELIA

Este señor mitrado no sabe hasta dónde llega el amor de una madre... Bueno es que lo sepa.

ESCENA VIII

DICHA y KELLERMAN por el foro

KELLERM. A la paz de Dios.

AURELIA. La paz sea con todos.

KELLERM. ¿Y el General?

AURELIA. Acaba de salir. Esta vez soy yo quien desea hablarle.

KELLERM. Me tiene á sus órdenes.

AURELIA. Le he mandado llamar para que me ayude á realizar un acto de verdadera justicia.

KELLERM. Cuente usted con mi más decidida cooperación.

AURELIA. Se trata de dos pobres recluídos, á quienes se privó de la libertad por un supuesto delito.

KELLERM. ¿Se ha demostrado que son inocentes?

AURELIA. En absoluto.

KELLERM. No deben permanecer ni un día más en la cárcel.

AURELIA. Esa es también mi opinión.

KELLERM. ¿No se ha decretado todavía su libertad?

AURELIA. Le diré lo que ha ocurrido. Como me son tan conocidos sus humanitarios sentimientos, (El obispo hace una inclinación de cabeza) antes de pedir á mi esposo el mandamiento de libertad, quise reforzar mi petición auxiliándola con la de usted; mas no fué necesario. El General Gobernador ha firmado en blanco este papel sellado con su escudo, dando así, además, una prueba de la ilimitada confianza que tiene depositada en su esposa...

KELLERM. Siento haber llegado tarde.

AURELIA. Aún puede usted tomar parte en esta obra de justa reparación... Yo he tomado la iniciativa. Mi esposo firmó en blanco. Y el señor Obispo de Moscou pondrá lo que falta de su puño y letra...

KELLERM. ¿Usted desea que yo?...

AURELIA. Sí... Que escriba el mandamiento de libertad.

KELLERM. (Aparte.) ¿Qué es esto?

AURELIA. (Colocando el papel sobre el pupitre.) Aquí.

KELLERM. (Sentándose en la mesa para escribir.) Dicte usted.

AURELIA. Orden al Alcaide de las cárceles de Moscou, para que ponga inmediatamente en libertad á los prisioneros, Octavio y Paulowa.

KELLERM. ¿Cómo?

AURELIA. Sí, señor... A Octavio, mi hijo, y á Paulowa.

KELLERM. Esa mujer...

AURELIA. Dispénseme que le interrumpa, señor Obispo. Esa mujer es inocente. No es ella quien colocó en el despacho aquel anónimo amenazando de muerte á mi esposo.

KELLERM. ¿Quién fué el atrevido?

AURELIA. Alguien interesado en que se agrie el carácter de mi esposo, para que no ceje en sus medidas de violencia y crueldad... La Gobernadora tiene más instinto que el Gobernador... Escriba usted, señor Obispo.

KELLERM. Pero, y Octavio... ¿no se dará un mal ejemplo?...

AURELIA. No se apure usted... Le sacaremos de la cárcel, pero será para llevarle á un manicomio... ¿No es este su deseo?

KELLERM. Yo, señora... Yo...

AURELIA. ¡Oh! Sí... Los hombres como él son un peligro para la sociedad en que vivimos... Es verdad que hay una madre transida de dolor... Cierto es que quedará desgarrada viendo á su hijo mezclado entre esos seres infelices que han perdido la razón... ¿Mas que importa todo eso?... Lo principal es que desaparezca de la escena ese loco que ha tomado en serio las máximas de Jesús, convirtiéndose en Quijote del cristianismo... O cárcel ó manicomio... No hay más solución... Escriba usted, señor Obispo.

KELLERM. (Aparte.) Me ha vencido. No queda otro remedio. (Escribe.)

AURELIA. Octavio y Paulowa... Perfectamente... Así es como se practican las virtudes cristianas... Puede usted congratularse de haber coadyuvado á una hermosa obra... Voy al punto á ponerla en ejecución. (Con honda y fina ironía.) Muchas gracias, señor Obispo. (Kellerman se inclina profundamente. Aurelia vase por el foro.)

FIN DEL CUADRO VI

CUADRO SÉPTIMO

Mater dolorosa

Telón corto de corredor ó pasillo de cárcel con poca luz

ESCENA PRIMERA

Hecha la mutación aparecen por la derecha ALCAIDE, STOESSEL y GUARDIÁN

STOESSEL. Mucho tarda esa señora.

ALCAIDE. No he visto jamás un prisionero tan moroso para hacer uso de la libertad que se le ofrece.

GURDIÁN. ¿Me permiten ustedes que les diga mi opinión?

ALCAIDE. Hable usted.

GUARDIÁN. Yo creo que el señor Octavio no saldrá por ahora de su prisión.

STOESSEL. ¿En qué se funda?

GUARDIÁN. En el conocimiento que tengo de su carácter. Antes, cuando abrí la puerta de su celda, lo primero que dijo al ver á su madre, fué lo siguiente: Ya sé que vienes á pedirme una injusticia, refiriéndose, sin duda, á la libertad que ha venido á ofrecerle.

STOESSEL. Es muy singular ese mozo.

ALCAIDE. Yo creo que su cabeza no está muy firme.

STOESSEL. Ahí está el toque... Sólo un loco, muy desequilibrado se mete á redentor en estos tiempos de positivismo puro.

ALCAIDE. ¡Abandonar la casa! ¡Renunciar á los goces de su alta posición social!... joven y millonario y además hijo del Gobernador. No es floja la locura.

GUARDIÁN. Pues si está loco, ya quisiera yo muchos cuerdos como él... A mí me trata como si fuese un compañero, un amigo de muchos años.

STOESSEL. Lo cual prueba lo que decimos; que lo está de remate.

ALCAIDE. ¡Silencio! La esposa del Gobernador.

ESCENA II

DICHOS y AURELIA por la izquierda

ALCAIDE. ¿Cómo? Señora... ¿Y su hijo?

AURELIA. No quiere la libertad hasta que la obtengan todos sus camaradas que se hallan recluídos por la misma causa.

GUARDIÁN. Lo que yo he dicho. (Aparte.)

STOESSEL. ¿Y así abandona á su madre?

AURELIA. No tiene usted derecho alguno para acusarle, señor Jefe de Policía.

STOESSEL. Perdón, señora.

AURELIA. La conducta de mi hijo, sólo debe inspirar respeto y admiración á todas aquellas personas que no se sienten con valor para imitarle. Ahora, señor Alcaide, dígame: ¿No hay en toda la cárcel otra pieza menos lóbrega?

ALCAIDE. Sí señora; pero recibí orden de encerrarle donde se encuentra.

AURELIA. Desde mañana deberá mi hijo ocupar una celda más en harmonía con su clase. También recibirá usted orden de mi esposo para que el preso Alejandro Aleixeff, habi-

te la misma prisión en compañía de Octavio.

ALCAIDE. Serán cumplidas al pie de la letra todas sus órdenes.

AURELIA. Le he encontrado muy decaído. ¿Qué alimento se le sirve?

ALCAIDE. El primer día se le ofreció una comida compuesta de ricos manjares, mas no quiso aceptarla. Explíquele usted á la señora lo que ocurrió.

GUARDIÁN. «¿Es esta la comida que se le sirve á los demás prisioneros,?» me preguntó. No, señor, le dije. «¿Qué se les sirve?» Pan y agua, le contesté. Entonces me replicó: Tráigame usted siempre agua y pan. Y no probó bocado alguno de los manjares que tenía sobre la mesa...

AURELIA. (Es todo un carácter.) Acompáñeme á la prisión de Paulowa. Quiero yo misma ser la mensajera de su libertad.

ALCAIDE. (Inclinándose confundido.) ¡Ah, señora!

AURELIA. ¿Por qué esa vacilación?

ALCAIDE. Porque esa mujer desgraciadamente...

AURELIA. ¿Qué ha ocurrido? Acabe usted.

ALCAIDE. Siento decírselo á vuecencia... Paulowa no se halla en condiciones de hacer uso de la magnánima orden del General.

AURELIA. ¿Por qué razón? ¿Acaso ha muerto?

ALCAIDE. No tanto... más no debe hallarse á esta hora muy lejos de la sepultura.

AURELIA. ¡Poder divino! ¿Qué han hecho con esa desventurada?

ALCAIDE. Como se empeñó en no decir la verdad, ocultando el nombre de sus cómplices, el tormento fué muy duro.

AURELIA. Ya comprendo... ¡Miserables!

ALCAIDE. Mi observación sólo tiene por objeto evitarle á vuecencia un espectáculo desagradable.

AURELIA. Se equivoca usted, señor Alcaide. Vamos á ver á Paulowa. (Vanse todos por la izquierda.)

FIN DEL CUADRO VII

CUADRO OCTAVO

Muerte de Paulowa

Decoración de cárcel. Puerta al foro

ESCENA PRIMERA

Aparece en escena PAULOWA sentada en un sillón de baqueta junto á una cama de muy pobre aspecto.

PAULOWA. La vida es una luz que se extingue... ¡Cuán poco resplandor le queda á la mía! Ya ni fuerzas tengo para abandonar este sillón. (Prueba a levantarse.) ¡No! ¡No puedo! Mi cárcel se ha ido reduciendo hasta obligarme á permanecer atada á unos miserables barrotes... ¡Aquí exhalaré el último suspiro!... porque la cama me hace un daño horrible. Mis huesos quebrantados no pueden servir de pedestal á todo mi cuerpo dolorido. ¡Quién en mí reconociera á la Paulowa de otros tiempos! ¡A la mariposa de Moscou, como decían los frívolos!... ¡Envuelta en un torbellino de gasas, encajes, perlas y flores!... Ya sólo soy el espectro de aquella Paulowa... ¡Apartad de mi mente, recuerdos vanos! ¿Tratáis de hacer más cruel mi agonía? ¡Yo soy de Octavio!... ¡Sólo de Octavio!... ¡Morir! ¡Morir!... Esa es mi única esperanza.

ESCENA II

Se abre la puerta del foro y aparece AURELIA

AURELIA. ¡Paulowa! ¡Mi querida Paulowa!

PAULOWA. Creo reconocer esa voz.

AURELIA. Soy yo, Aurelia.

PAULOWA. ¡Ah! Déme usted las manos. Quiero apretarlas contra mi corazón... ¡Me muero, señora! ¡Me muero!

AURELIA. Al contrario... Ahora es cuando empieza la vida para usted. Vengo á comunicarle la feliz noticia de su libertad...

PAULOWA. ¿Cómo?

AURELIA. Así lo ha dispuesto mi esposo.

PAULOWA. ¿Y Octavio?

AURELIA. También es libre. Fortalezca su ánimo. Tóme alientos para dominar ese desfallecimiento que advierto en todo su sér...

PAULOWA. ¡Libre Octavio! ¡Bendito sea Dios que á la hora de la muerte me otorga esta dicha! ¡Bendita sea usted, señora, por haber sido su grata mensajera!

AURELIA. ¿No podrá usted salir apoyada en mi brazo? Mi coche espera á la puerta de la cárcel.

PAULOWA. ¿Salir yo con usted? ¡Qué ilusión!... La libertad ha llegado tarde para la pobre Paulowa. Mire mi frente bañada en sudor frío. Mi felicidad se ha convertido en agonía.

AURELIA. Se fatiga usted hablando. ¿No hay por aquí ningún frasco de éter, ni agua de azahar?

PAULOWA. Nada.

AURELIA. Voy corriendo...

PAULOWA. No... No se mueva de mi lado. Se lo suplico... Ya no hace falta.

AURELIA. (Aparte.) ¡Miserables! ¡Miserables! ¿Pasó ya el agobio?

PAULOWA. Estoy pensando que si fuera usted tan buena... que... No me atrevo...

AURELIA. ¿Por qué, hija mía? Pídame cuanto quiera...

PAULOWA. Es demasiado... Es demasiado...

AURELIA. ¿Cuál es su deseo? No vacile en comunicármelo.

PAULOWA. Quisiera... Quisiera... Ver á Octavio antes de morir...

AURELIA. ¡Ver á mi hijo!

PAULOWA. Sí, señora.

AURELIA. ¿Y por qué no? Corro á dar aviso para que venga en el acto.

PAULOWA. (Cogiendo una de las manos de Aurelia y besándola con gran efusión.) ¡Gracias! ¡Gracias!

AURELIA. No me retenga por más tiempo si quiere verle cuanto antes.

PAULOWA. Sí... Sí... Vaya usted.

AURELIA. (Al hacer mutis por el foro.) Está fría como el mármol... Cúmplase su deseo antes de que se apague la moribunda llama de su vida. (Vase por el foro.)

ESCENA III

PAULOWA

Parece como que súbitamente he recobrado las fuerzas. Sí. Sí... Ya puedo ponerme de pie... ¡Ay, Dios mío! La idea de que voy á ver á Octavio me saca de la sepultura... No, no puedo más. (Cae otra vez en el sillón desfallecida.)

ESCENA IV

DICHA y OCTAVIO por el foro.

OCTAVIO. Ya estoy aquí, Paulowa...

PAULOWA. ¡Octavio! ¡Octavio!

OCTAVIO. Mi madre ha conseguido tu libertad. Terminaron tus dolores.

PAULOWA. No me engañes, Octavio. Háblame como debes hacerlo... Por última vez...

OCTAVIO. ¿Tan grande ha sido tu sufrimiento? ¿Tan crueles han sido los hombres?

PAULOWA. ¡Me han torturado de un modo cruel!... No puedo recordarlo sin extremecimiento de todo mi sér, y sin embargo parece que recordándolo me descargo de un gran peso.

OCTAVIO. ¡Arroja tu negra carga, si te place, sobre el alma de Octavio!

PAULOWA. ¡Ah! ¡Cuán bueno eres!

OCTAVIO. Destila la hiel de tu amargura.

PAULOWA. (Recordando la escena de su tormento.) Revela el nombre de tus cómplices. No tengo ninguno. Y el instrumento que me mordía en las carnes, apretaba sus anillos produciéndome un dolor horrible...

OCTAVIO. Yo recogía tus ayes, hasta el menor quejido.

PAULOWA. Y otra vuelta... y otra... y otra, hasta que desfallecida de dolor, perdía el conocimiento.

OCTAVIO. Hasta que yo caía al suelo sin sentido. (Pausa.)

PAULOWA. Escucha, Octavio.

OCTAVIO. ¿Qué deseas?

PAULOWA. Que vengas á mi sepultura con un puñado de flores... Haz que pongan una cruz sobre la tierra descolorida que cubra los restos de Paulowa.

OCTAVIO. Vivirás eternamente en el pensamiento de Octavio.

PAULOWA. ¡Ya he desahogado mi pena! (Pausa.)

OCTAVIO. Escuha, Paulowa.

PAULOWA. Habla.

OCTAVIO. Acaba de pasar una sombra por mi conciencia... Yo he truncado tu destino. Mariposa del placer, tal vez en tu natural ambiente, hubieses hallado el giro que conduce á la felicidad.

PAULOWA. Eso no. Sigo poseyendo tu fe. No creas que arrojo al suelo mi cruz.

OCTAVIO. Pero se ha desgajado tu existencia del árbol frondoso de la vida. ¡Yo te he perdido, Paulowa! ¡Yo he desgajado aquella rama!

PAULOWA. ¡Calla! ¡Calla!

OCTAVIO. Escúchame con atención: Oyeme con el alma, no con los oidos, porque voy ha hablarte, muy quedo, muy quedo, y respóndeme también sin voz para que no te fatigues; que ya leeré la respuesta en la mirada de tus ojos, en la expresión de tu semblante... Aquel día, en el fondo de la

mina, ante la proximidad del peligro, me digiste: Te amo, Octavio, te amo.

PAULOWA. ¡Se me salió del alma!

OCTAVIO. Pues bien. No bajes al sepulcro sin haber conocido el secreto de Octavio... ¡Yo también te amo!

PAULOWA. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

OCTAVIO. (Arrodillándose á los pies de Paulowa mientras ésta muere en dulce agonía.) He sacrificado tu amor y el mío por ser fiel al ideal cristiano que se ha convertido en luz de mi existencia. Mírame á tus pies de rodillas. Perdón te pido por este doloroso sacrificio. No has sido flor de hospital, pero sí azucena de cárcel. ¡Mística paloma desgarrada en los garfios del tormento! ¡Rosa del dolor! ¡Cisne de la agonía! Dame tu bendición antes de que tu alma traspase los umbrales de la eternidad. (Pausa.) ¿Nada dices? ¿No me perdonas? (Se levanta y advierte entonces que Paulowa ha muerto.) ¡Ah! (Pausa.)

ESCENA V

DICHOS y AURELIA por el foro en voz muy baja

AURELIA. ¡Octavio, hijo mío!

OCTAVIO. ¡Madre! Paulowa ya es libre. ¡Mírala!

AURELIA. (Acercándose á Paulowa y mirándola atentamente.) ¡Pobre Paulowa! Muerta

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La prisión de Octavio.—Salida al foro.—A ambos lados dos camastros sobre el suelo, apropiados á la escena y á la situación.

CUADRO NOVENO

El sacrificio de Octavio

ESCENA PRIMERA

OCTAVIO

(Sentado en un banco.) ¡Oh, Libertad! ¡Libertad! Eres el primer fundamento de la vida. Eres el bien más positivo del Espíritu. ¡Libertad amplia, no limitada por ningún obstáculo! No circunscrita por ninguna frontera, ni por ningún otro linde geográfico, hasta enseñorearse de la Tierra. Esa es la verdadera libertad. ¡Prisionero de una Nación ó prisionero de una cárcel! ¿qué importa? Sólo se ensancha un poco más el radio del círculo que esclaviza al Hombre... Jamás un pueblo podrá llamarse libre, mientras su vecino gima en la esclavitud. No basta que un hombre se considere dichoso... Es preciso que lo sea su compañero. No basta que un pueblo sea feliz, ha de serlo también el pueblo fronterizo. Así se borran las diferencias. Así desaparecen las castas, se igualan las leyes, palpitan al

unísono todos los corazones y se llega al cumplimiento del ideal cristiano, el más hermoso y fecundo que cabe dentro del Espíritu. ¡La humana fraternidad! (Pausa.) Pero esta esperanza de libertad con que una santa mujer, una madre dulcísima nos brinda, sólo se refiere á la libertad de la cárcel, circunscrita por cuatro paredes. ¿Acaso Rusia no es una inmensa prisión? ¡Oh dulce madre mía!... Tu propósito debe ser juzgado por el generoso móvil que lo impulsa. Hay que hacer el bien sin reparar en la extensión de sus resultados. De este modo, tu carta es buena... Cuanto más la leo, más la saborea mi alma. «Hijo mío... El Obispo Kellerman no cumple con su misión de sacerdote, ni aún con la de hombre de bien. Es un fanático. Me ha vencido, haciendo triunfar su política de represión violenta en el ánimo del Gobernador, tu padre. Yo marcho secretamente á San Petersburgo, para conseguir del Czar tu libertad y la de todos tus compañeros de cautiverio. Conseguiré mi propósito por la gran influencia que sabes ejerzo en el corazón de la Emperatriz»... Hace más de cuatro días que llegó esta carta á mis manos. ¡Pobre madre! ¿Habrá conseguido su propósito? Ya tarda en regresar. (Dentro rumor.) ¿Qué rumor es ese? ¿Será Alejandro?

ESCENA II

DICHO y ALEJANDRO por el foro custodiado por VARIOS SOLDADOS mandados por UN OFICIAL

OFICIAL. No se quejará usted de la tasca.

ALEJAND. No por cierto.

OFICIAL. Ahora, mucha suerte.

ALEJAND. Gracias. (Vanse oficial y soldados por el foro, cerrando la puerta.)

ESCENA III

ALEJANDRO y OCTAVIO

ALEJAND. Dame un abrazo. (Se abrazan.)

OCTAVIO. Breve ha sido tu ausencia.

ALEJAND. Sólo ha durado algunos minutos. Me fuí con el corazón del tamaño de una avellana. Así lo llevaba de oprimido.

OCTAVIO. Cuéntame...

ALEJAND. Empezó el interrogatorio... Cerca de mí había unos instrumentos que parecían sapos de hierro dispuestos á morderme en la carne, pero apenas había terminado la primera pregunta, llega precipitadamente un militar, creo que Coronel de Granaderos. Habla aparte misteriosamente con el otro que hacía de Juez, y éste al punto da orden para que me vuelvan á mi prisión; y aquí me tienes.

OCTAVIO. ¡Loado sea Dios!

ALEJAND. Y tan loado. Ya me veía con los huesos descoyuntados.

OCTAVIO. La satisfacción rebosa en todo tu sér.

ALEJAND. ¡Diablo! ¿Crees que no hay motivo para ello? Estoy satisfecho y alegre. Tanto que me asaltan unos deseos atroces de vivir. ¡Cuán bella es la vida, Octavio! ¡Cuán bella es la vida!

OCTAVIO. ¡Pobre amigo mío!... Vida sin libertad. ¿Para qué la quieres?

ALEJAND. Me hallo dispuesto á discutir contigo, hasta la Biblia. Voy hacer de esta silla una especie de tribuna, y tomo asiento en ella. (Se sienta como dice.) Digo que ese Tolstoy, tu gran maestro, sólo predica doctrinas que atentan contra la alegría de vivir que yo siento en este instante... Y le declaro romántico... enfermo, y hasta loco.

OCTAVIO. ¿Yo también lo seré entonces?

ALEJAND. Naturalmente: A maestro desequilibrado, discípulo más desequilibrado todavía.

OCTAVIO. Aceptando la premisa, no está mal sacada la consecuencia.

ALEJAND. La alegría me da una fuerza expansiva, enorme, y aviva de un modo extraordinario la luz de mi entendimiento. Hoy sales derrotado como te metas conmigo en discusión.

OCTAVIO. Vamos á verlo: ¿Es hija de un cerebro enfermo la admirable doctrina de Tolstoy de la *irresistencia al Mal?*

ALEJAND. Esa doctrina cae fuera del modo de ser del Universo.

OCTAVIO. ¿Por qué motivo?

ALEJAND. Porque excluye el elemento principal de toda evolución. La lucha es un bien.

OCTAVIO. ¡Magnífico! La echaste de filósofo y reconozco que no te ha salido del todo mal. ¿Pero dime? ¿Qué es la vida en sí? Un contrasentido... Toda ella es una sucesión de actos ilógicos... Y si no contesta á mi pregunta. ¿Hubiese sido lógico que aquellos sapos de hierro, á que antes te referías, te hubiesen mordido en la carne?

ALEJAND. No veo en eso ninguna lógica, mi querido Octavio.

OCTAVIO. Ni en eso ni en la mayor parte de las acciones humanas. La vida para nosotros no tiene sentido. ¿Cuál debe ser nuestra conducta en semejante confusión? Consagrársela al excelso Espíritu de quien la hemos recibido.

ALEJAND. Espera, espera, amigo mío... Hoy veo las cosas más claras que ayer y no me arredran tus argumentos.

OCTAVIO. ¿Cómo explicas tú el sentido de la vida?

ALEJAND. Por la misma vida. La vida en sí constituye la suprema finalidad. Física y moralmente, no hay más que vida en el Universo. La misma conciencia del hombre es un fenómeno de la vida.

OCTAVIO. En tal caso, ¿qué principios de moral deben aceptarse?

ALEJAND. Todos aquellos que tiendan á mejorar la vida, embelleciéndola dentro de cada una

de sus infinitas moradas, suprimiendo todo sacrificio estéril ó innecesario. ¡Abajo el misticismo! Surjan de la fuente de la vida universal, los copiosos raudales que se denominan pasiones humanas, por los diversos senderos que les ofrece la realidad en el tiempo y en el espacio... Derríbese todo obstáculo, para que aquéllas no se desborden y hagan la felicidad del Hombre. Deslícense sin violencia de ningún género, por todos los corazones, acariciando todas las almas y cubriendo, materialmente, todas las viviendas de los seres animados, con los encantos de la Naturaleza, ya cansada de espinas y ávida de flores. Compañero, te he vencido.

OCTAVIO. (Levantándose y dándole la mano.) Muy bien, Alejandro, muy bien.

ALEJAND. Ahora me acuesto. Necesito descansar un poco. Estoy muy fatigado.

OCTAVIO. Pero...

ALEJAND. No hables. No quiero oirte; porque serías capaz de convencerme... Calla... Déjame dormir. Buenas noches.

OCTAVIO. Duerme cuanto quieras. (Vuelve á su asiento.) Me ha confundido. Realmente Alejandro nunca estuvo tan lógico. Sus últimas palabras han sido un himno á la vida... ¡Aléjate primera sombra que cruzas por mi conciencia!... Huye, espantosa duda... Si la vida fuese la suprema finalidad del Universo, entonces ¿qué sería de la Ley del sacrificio?... Un absurdo.

ALEJAND. (Soñando.) ¡Viva la libertad!

OCTAVIO. Pronto se ha dormido... Ya está soñando.

ALEJAND. ¡Loor á la vida!

OCTAVIO. ¡Loor á la vida, dice! ¿Quién le da ese anhelo? ¿Quién produce esa explosión tan grande de su alma? ¿No fuera un crimen atentar contra ese afán de vivir que se apodera de todo su sér?...

ALEJAND. Soltadme, verdugos. No atormentéis mi cuerpo. Yo amo la vida. ¿Con qué derecho queréis arrebatármela? ¿Es vuestra, acaso?

¿La habéis creado vosotros? ¿Me la habéis prestado siquiera? Esta vida es mía, solamente mía...

OCTAVIO. Y también de Dios. Pero Dios, al dársela, ¿se la dió para el sacrificio? Esta es la sombra.

ALEJAND. Yo quiero la vida para admirar la luz del sol. Para deleitarme en la contemplación de la Naturaleza... Para satisfacer mis ansias de amor... Mis deseos de libertad.

OCTAVIO. Este hombre pide lo que es suyo... Tiene ojos y quiere inundarlos de luz... Tiene corazón y quiere amar... Tiene conciencia y pide libertad... ¡Eh! ¿Quién se acerca? ¿Quién abre la puerta de esta cárcel?

ESCENA IV

DICHOS y GUARDIÁN por el foro.

GUARDIÁN. (Con mucho misterio.) ¡Señor Octavio! ¡Señor Octavio!

OCTAVIO. ¡Ah! Eres tú. Llámame Octavio á secas.

GUARDIÁN. ¿Y Alejandro?

OCTAVIO. Durmiendo.

GUARDIÁN. No le despertemos. ¡Qué horror!

OCTAVIO. ¿Por qué pones ese gesto? ¿Qué desgracia vienes á anunciarme?

GUARDIÁN. Vengo á despedirme.

OCTAVIO. ¿Cómo?... ¿Dejas tu empleo?

GUARDIÁN. Hablemos bajo para que el otro no nos oiga. Há poco llegó á esta cárcel el Obispo Kellerman. Poco después un señor Coronel con tropas de relevo que han venido de uno de los cantones próximos. Según parece, había algún militar de la guarnición de esta cárcel comprometido en el complot, fraguado por los revolucionarios, para salvar á los prisioneros; complot que ha sido descubierto, según parece, por el propio Kellerman. Ello es, que nos están relevando á todos; soldados, guardianes, calabo-

ceros... hasta el mismo Alcaide ha sido objeto de igual medida... Y no es esto lo más malo... Señor, no es esto lo más malo...

OCTAVIO. Mi corazón se nubla. Prosigue.

GUARDIÁN. No me atrevo.

OCTAVIO. ¡Habla por piedad!

GUARDIÁN. Lo peor es que el Coronel trae orden de ejecutar en el patio de la cárcel... Esto se hace aquí muchas veces.

OCTAVIO. ¿Ejecutar, á quién?

GUARDIÁN. ¡Silencio! que puede oirlo.

OCTAVIO. ¿A mi amigo? ¿A mi Alejandro?

GUARDIÁN. Sí, señor. Y mañana deberán salir deportados para la Siberia los demás prisioneros.

OCTAVIO. ¡Misericordia divina!

GUARDIÁN. Ya es cerca de la media noche. He oído decir que la ejecución deberá tener lugar muy pronto. No sé á qué hora. Adiós, señor, porque estoy corriendo un grave riesgo. Deme la mano para besarla. (Octavio le extiende la diestra sin decir palabra. El Guardián vase, descubriéndose al pasar cerca de la cama donde duerme Alejandro.)

ESCENA V

OCTAVIO y ALEJANDRO

ALEJAND. (Soñando.) ¡Tolstoy! ¡Tolstoy! Ese viejo romántico desconoce la ciencia de la vida. Pide el misticismo de la Humanidad. ¿Y para qué? Para obtener una dicha futura... La dicha positiva, está en la vida que se conoce. Y por eso yo deseo vivir y quiero ser libre para satisfacer mis anhelos de hombre. ¡Abajo todo obstáculo que detenga mi paso! ¡Caigan Leyes y Dogmas y Sociedades que se opongan á esta legítima aspiración! La vida es el amor universal... ¡Paso á la vida!

OCTAVIO. (Que á medida que fué hablando Alejandro, fuese acercando á él como atraído por aquellas palabras.) No. No es la vida la que te aguarda... ¡Es

la muerte negra y horrible!... Es la cuchilla fatal que segará tu garganta y hará enmudecer tu voz haciendo fracasar de un golpe todos tus deseos y esperanzas. Esa sonrisa que se dibuja en tus labios, se convertirá en mueca de dolor y agonía... ¡Ese afán de vivir que rebosa en tu pecho, será en breve silencio sepulcral!... (Pausa.) ¿Cómo le despierto de ese sueño feliz, para decirle? Levanta, Alejandro. La vida es un sueño. La muerte te espera abajo en el patio de la cárcel... ¡Esto es horrible! ¡Señor! ¡Esto es horrible! ¡Ningún dolor me has producido tan grande, como el que ahora siento!... Jamás la incertidumbre se apoderó con tanta fuerza de mi espíritu. ¡Ese hombre quiere libertad y los hombres le aprisionan!... ¡Quiere vivir y le matan!... ¿Si no hay una ley de compensación infinita?... ¿Cómo se remedia esta inmensa iniquidad? ¿Cómo se repara esta injusticia, que por sí sola hace ineficaz toda idea de amor y justicia?... ¿Y para esto, divino Jesús, te sacrificaste en el Gólgota, derramando tu sangre por la Humanidad?... ¿Quién ha torcido el curso de aquella corriente generosa? ¿Tendrás tú razón, Alejandro, pidiendo la violencia y la revolución para combatir el mal que llega á tan espantosos extremos?... ¡Mi cabeza arde! ¡Paulowa! ¡Stobolk! ¡Alejandro... Me desgarráis las sienes como una corona de espinas!... (Se acerca al foro para oir, pegando el oido á la puerta.) ¿Qué oigo? ¿Qué ruído es ese? Ruído de pasos como de un piquete de tropas que se acerca... ¿Vendrán ya por Alejandro? ¡Luego es verdad! ¡Quiere el hombre matar al hombre! No. No será... Pero, ¿cómo? ¿Cómo impedirlo? (Pausa larga y meditando.) ¡Oh Dios mío! ¡Qué idea tan suprema me asalta!... ¡Qué luz invade mi cerebro! ¡Calma, calma! Según me ha dicho el guardián, han sido todos relevados. Esta es gente nueva que acaso no conozca ni

usos ni costumbres de esta cárcel. Ni siquiera las personas... Si así fuera... ¿Por qué vacilo? ¿Qué pierdo con probarlo? Por lo pronto le salvo la vida. Luego... Luego... La bondad de Dios es infinita. Héme dispuesto al sacrificio... Ya llegan; ya están ahí...

ESCENA VI

DICHOS y CORONEL DE GRANADEROS con CUATRO SOLDADOS por el foro.

CORONEL. ¿El prisionero Alejandro Aleixeff?

OCTAVIO. Yo soy...

CORONEL. ¿Y el hijo del General Gobernador?

OCTAVIO. En su cama durmiendo. Mírele. No le despierte, porque está soñando y es feliz.

CORONEL. Tanto mejor. ¿No se hallaba usted hace poco declarando ante el Juez militar?

OCTAVIO. Iba á empezar el interrogatorio cuando llegó la orden de que me volviesen á la prisión.

CORONEL. Efectivamente. Yo mismo fuí portador de esa orden.

OCTAVIO. ¿Y vienen para que comparezca de nuevo ante el Juez?

CORONEL. No por cierto. El Juez ha terminado ya su misión y acaba de marcharse.

OCTAVIO. ¿Qué quieren de mi?

CORONEL. ¿No sabe que esta misma noche debía estallar un motín revolucionario en las calles de Moscou?

OCTAVIO. No, señor.

CORONEL. ¿Ni que se trataba de libertarle?

OCTAVIO. ¡Lo ignoraba!

CORONEL. Santa ignorancia. Véngase con nosotros.

OCTAVIO. ¿Dónde?

CORONEL. Al patio de la cárcel.

OCTAVIO. ¿Con qué objeto, señor?

CORONEL. Eso no es cuenta suya. Ya lo sabrá usted luego.

OCTAVIO. (Aparte.) ¡Mi espíritu vacila! ¡Mi corazón se extremece! ¡Señor, por qué me has aban-

donado! Evítame este cáliz de amargura. (Pausa.)

CORONEL. ¿En qué piensa usted? ¡En marcha!

OCTAVIO. Cúmplase la voluntad de Dios. (Pausa.)

CORONEL. Vamos.

OCTAVIO. (Decidido después de despedirse silenciosamente de Alejandro.) ¡Vamos! (Vanse por el foro.)

FIN DEL CUADRO IX

CUADRO DÉCIMO

Consumatum est

Pasillo de Cárcel.—El mismo del cuadro séptimo.

ESCENA PRIMERA

Sale KELLERMAN por la izquierda

¡Muere impenitente!... Igual que todos ellos... Dejan la vida en las tinieblas de la noche... Sucumben en el misterio de esta cárcel y nada les importa la vida eterna. No ha querido aprovechar el auxilio espiritual que le podía haber dado un Príncipe de la Iglesia... Yo no me confieso con los hombres, ha dicho á la persona que le envié en mal hora. Dios solo es mi confesor... No merece ese réprobo que el Obispo de Moscou haya intentado descender hasta él. ¡Ni siquiera ha querido verme! ¡Raza de descreídos! Espíritus revolucionarios, abortos de las sociedades modernas, á quienes hay que exterminar á sangre y fuego. ¡Allá se las haya con su suerte, mientras yo vuelvo á mis hogares, persuadido de que se ha desbaratado todo com-

plot. (Dentro un gran rumor.) ¿Qué rumor es ese?

IVANOFF. (Dentro en voz alta.) Por orden del Czar, suspéndase toda ejecución ordenada contra los prisioneros.

KELLERM. ¿Qué escucho? La voz del General. ¿Qué significa esto?

ESCENA II

DICHOS y AURELIA seguida de IVANOFF y AYUDANTES por la derecha.

AURELIA. ¡Ah! El Obispo.

KELLERM. ¿Usted aquí, señora?

AURELIA. Traigo orden de nuestro Soberano para poner en libertad á Octavio y todos sus compañeros. (Dentro suena un largo redoble de tambores.) ¿Qué es eso?

KELLERM. Que ha llegado tarde la justicia del Emperador. Uno de los reos acaba de ser ejecutado.

AURELIA. ¿Qué dices á esto, esposo?

IVANOFF. Que se han cumplido mis órdenes.

AURELIA. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué desgracia!

IVANOFF. El tiempo ha girado con más rapidez que nosotros.

AURELIA. Vamos á cerciorarnos de esta triste realidad.

ESCENA III

DICHOS y CORONEL por la izquierda atajando el paso de AURELIA. Esta retrocede.

CORONEL. Mi General: en cumplimiento de las órdenes recibidas, acaba de ser ejecutado en el patio de la cárcel el prisionero Alejandro Aleixeff.

AURELIA. ¡Qué horror! ¡El amigo de Octavio!.

IVANOFF (Al Coronel.) ¿Ha pronunciado alguna pala-

bra? ¿Ha hecho alguna revelación importante en sus últimos momentos?

CORONEL. Se ha limitado á las exclamaciones propias de semejantes casos.

AURELIA. ¿Qué ha dicho ese desgraciado?

CORONEL. Todos sus pensamientos han sido para su madre.

AURELIA. ¿Para su madre?... ¡Infeliz! ¿No recuerda sus palabras?

CORONEL. No quisiera entristecer su ánimo con semejante relato.

AURELIA. Hable usted, Coronel... Hable usted.

CORONEL. Se despidió de ella como si tuviera su imagen presente. Desde su calabozo hasta el patio de la cárcel fué siempre murmurando las mismas palabras. ¡Madre mía! ¡Madre mía!...

AURELIA. Mi corazón se estremece pensando en ese inmenso dolor. ¿Y luego?

IVANOFF. Basta, Aurelia

AURELIA. No... No... Necesito conocer todos esos detalles... Se trata de un hijo y de una madre, y mi alma, aun sufriendo como sufre, no puede evitar este fatal interés que me subyuga. Prosiga, Coronel, No olvide el menor detalle.

CORONEL. Próximo á la muerte exclamó ¡Mundo! Adiós para siempre. ¡Adiós, madre mía! Dicho esto mostró la más firme resignación. El valor más sereno.

AURELIA. Termine su relato.

CORONEL. Por fin se inclinó de rodillas sin proferir palabra. Saltó la sangre... Rodó la cabeza y un revolucionario menos.

AURELIA. Coronel... Debió usted decir... Y un mártir más...

CORONEL. ¡Perdón, señora!

AURELIA. Ahora díganos. Nuestro hijo Octavio era compañero de prisión de ese desventurado. ¿Cuál fué su actitud cuando le separaron de su amigo?

CORONEL. Afortunadamente se hallaba durmiendo en su cama con la mayor placidez.

AURELIA. ¿Y no despertó?

CORONEL. No, señora... Yo al entrar llamé al prisionero Alejandro Aleixeff... Este se adelantó diciendo: Yo soy. ¿Y el hijo del Gobernador? le pregunté. En su cama durmiendo. Mírele. No le despertéis porque está soñando y es feliz; me contestó...

AURELIA. Gran suerte ha sido para aquel magnánimo corazón. Sírvase, Coronel, traernos á nuestro hijo... Ya es libre por mandato del Czar...

CORONEL. Me alegro, señora, de ser yo el portador de tan venturosa noticia. Voy al punto. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

AURELIA, KELLERMAN, IVANOFF

AURELIA. He aquí, esposo... He aquí, señor Kellerman, los frutos de esa política de sangre y esterminio que se ha convertido en ley en este territorio. Ese infeliz, cuya libertad se había ya decretado por la voluntad de nuestro Soberano, es decapitado con precipitación, como si su sangre fuese río fecundo, que debiera hacer la felicidad del Imperio.

IVANOFF. Ha sido ejecutado en cumplimiento de sentencia firme de un Consejo de Guerra.

AURELIA. ¿Y por qué tanta prisa en llevar á cabo la sentencia? En eso veo la mano del señor Obispo.

KELLERM. En tal caso, cúlpese á mi celo por salvar la Religión y los fundamentos del Estado con medidas de rigor, que yo creo las más saludables.

AURELIA. De la sangre que acaba de derramarse, son responsables dos hombres. Uno es el Gobernador, mi esposo. Otro es usted, Kellerman. ¡Pídale á Dios que esta sangre derramada no afecte tanto el corazón de mi hijo que haya hecho estéril mi viaje á San Petersburgo y el rasgo generoso del Emperador!...

KELLERM. Allí viene Octavio.

AURELIA. No, ese que llega no es mi hijo.

ESCENA V

DICHOS y ALEJANDRO por la izquierda

ALEJAND. ¡Señores! ¡Ah! El General Gobernador. ¡La madre de Octavio!

IVANOFF. Viene usted descompuesto. ¿Qué ha sucedido?

ALEJAND. Un suceso altamente trágico y que de ningún modo puedo explicarme. Esta emoción que notan en mí, es la honda sorpresa que me ha producido.

AURELIA. Explíquese pronto.

ALEJAND. Acababa de despertar de uno de mis sueños de libertad, cuando oí que se abrió la puerta de mi cárcel, penetrando en ella un militar, creo que Coronel de Granaderos. ¡Octavio! ¡Octavio! exclamó. Soy mensajero de su libertad... Venga conmigo al instante. Voy á llevarle á la presencia de las personas más queridas de su corazón... Yo no soy Octavio, exclamé. Entonces el Coronel, con un gesto de espanto y abriendo desmesuradamente los ojos, me preguntó: ¿Qué usted no es Octavio, el hijo del General Gobernador?... Se lo juro, le repliqué, dándole á conocer mi nombre, y aún añadí: No me doy cuenta de la desaparición de mi amigo. El semblante del Coronel se demudó horriblemente... Era el otro, no hay duda, exclamó.... Y antes de que yo pudiera evitarlo, sacó la espada y se atravesó con ella el pecho, cayendo á mis pies bañado en sangre.

AURELIA. ¿Quién es usted?

ALEJAND. El amigo del alma de su hijo... Me llamo Alejandro Aleixeff.

TODOS. ¡Alejandro Aleixeff!

ALEJAND. ¿De qué se maravillan?

AURELIA. ¿Dónde está mi hijo Octavio? Pronto.

ALEJAND. Lo ignoro. Tuvimos una discusión... Luego yo me dormí, y al despertar, ya no se hallaba en el calabozo.

AURELIA. ¡Qué horrible angustia se apodera de mi espíritu!

KELLERM. ¡Qué es esto!

IVANOFF. ¿Y el Coronel tampoco le ha dicho dónde se encuentra?

ALEJAND. No, señor.

KELLERM. ¿Qué ha pasado aquí?

IVANOFF. (Tomando las manos de Aurelia con suprema intención.) ¡Aurelia!

AURELIA. ¡Petronio!

ALEJAND. Pero, señores. ¿Qué negro misterio se esconde en todo esto?... ¿Le ha ocurrido alguna desgracia á mi amigo?

AURELIA. (A Ivanoff.) ¿Tú tienes valor para revelarme tu sospecha?

IVANOFF. ¡No me atrevo!

AURELIA. Yo tampoco...

IVANOFF. ¡Nuestro hijo Octavio!...

AURELIA. Eso es... ¡Nuestro hijo Octavio!

IVANOFF. Mi duda se va agrandando como un negro fantasma.

AURELIA. ¡También la mía!

IVANOFF. Aún estará allí el cadáver.

AURELIA. Aún se hallará su sangre caliente...

IVANOFF. ¡Salgamos de esta duda espantosa!

AURELIA. Al punto... Corramos. (Vanse precipitadamente todos por la izquierda.)

FIN DEL CUADRO X

CUADRO UNDÉCIMO

Resurrección

El patio de la cárcel á todo foro. El cadáver de Octavio en el suelo sobre un paño negro. Guardias de Granaderos inmóviles y rígidos con los fusiles terciados. Un rayo de luna invade débilmente la escena.

ESCENA FINAL

Aparecen por la izquierda, tras un buen espacio de verificada la mutación, AURELIA delante y en pos IVANOFF, KELLERMAN y ALEJANDRO

AURELIA. (Deteniéndose aterrada ante aquel espectáculo.) ¡Ah! (Luego dominando en ella los sentimientos de madre, dice, como un grito desgarrador salido del alma, cayendo de rodillas y abrazándose al cadáver de su hijo.) ¡Hijo mío!... ¡¡Hijo de mi alma!!...

IVANOFF. ¡Santo Dios!

KELLERM. ¡Qué horror!

ALEJAND. ¡Se ha sacrificado por mí!

IVANOFF. (Con gran desesperación.) Ni Religión ni Autoridad han podido evitar esta inmensa catástrofe. ¿Ya que queda en el mundo?

ALEJAND. (Con voz solemne.) ¡Señor General! ¡Señor Obispo! Ahí tienen ustedes su obra. Por culpa del César y el Fariseo, se ha repetido la trajedia del Calvario. La resurrección será el triunfo de la Justicia. . La conquista de la libertad para todos los hombres oprimidos! ¡El fruto que dá la flor regada por la sangre de tantos mártires! ¡La luz de la razón que ha de extinguir por completo todas las obscuras supersticiones de la Humanidad!

FIN DEL DRAMA